

FILOSOFÍA DEL ANARQUISMO



Carlos Malato

La filosofía del anarquismo, publicada en 1889, es la primera obra política de Malato, y acaso su libro más influyente. En él nos ofrece una visión completa y extensa de la teoría social anarquista en sus más variados ámbitos: familia, propiedad, producción, arte, ciencia, educación, defensa armada, etc.

Lo hace además de forma sencilla y ordenada, con un estilo sereno y de fácil lectura, y mostrando un exhaustivo conocimiento de la historia europea y de los avances científicos de su época.

Dos de sus planteamientos son especialmente novedosos y originales, los que se refieren a la educación –defiende una instrucción formal en las primeras etapas de la vida, con el mantenimiento de una cierta autoridad– y a la defensa armada de la sociedad anarquista –anticipando la idea del pueblo en armas, en choque frontal con el pacifismo habitual en el movimiento ácrata de la época.



Carlos Malato

**FILOSOFÍA
DEL
ANARQUISMO**

Carlos Malato

FILOSOFÍA DEL ANARQUISMO

Traducción de Félix Azzati

Digitalización KCL

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. CONSIDERACIONES GENERALES

II. RELIGIÓN Y PATRIA

III. LA ANARQUÍA EN LA FAMILIA. LA UNIÓN Y EL AMOR LIBRE

IV. LA PROPIEDAD

V. PRODUCCIÓN–CONSUMO–CAMBIO

VI. LAS PASIONES

VII. JUSTICIA Y RESPONSABILIDAD

VIII. INSTRUCCIÓN Y EDUCACIÓN

IX. DEFENSA SOCIAL

X. ARTE Y CIENCIA

XI. ALGUNAS ANTÍTESIS

XII. LAS AFINIDADES

XIII. DESENVOLVIMIENTO DE LA HUMANIDAD

ACERCA DEL AUTOR

I. CONSIDERACIONES GENERALES

En el seno de la revolución política del siglo XVIII apareció el germen de una revolución ulterior. Jacques Roux, Chaumette, los herbertistas, y más tarde Babeuf con sus amigos, dieron el grito de las reivindicaciones sociales. Este precoz socialismo, apenas comprendido por muy pocos, no podía triunfar entonces, pero gracias a sus generosos precursores, fue la palabra de lucha del siglo de evolución siguiente y hoy tiende a imponerse.

Todo indica que ocurrirá lo mismo con la anarquía: presentada por Proudhon, afirmada por Bakunin, entrevista después de pocos años con mucha claridad y profesada actualmente por un corto número de adeptos ¹, ejercerá una influencia decisiva en la próxima revolución social, sin lograr su triunfo. Pero una vez vencedor el socialismo, los esfuerzos, los estudios, se dirigirán hacia este nuevo ideal, que a su vez se apoderará del mundo.

1 Desde el año de 1888, este corto número, que titulaban medio cuarterón, ha aumentado notablemente, (N del A)

Y más pronto de lo que se cree, porque la duración de las evoluciones humanas cada vez se acelera más. Se ha necesitado toda la noche de los tiempos para que la antigua esclavitud se transformara en simple servidumbre; una serie de siglos para que la servidumbre llegara hasta el liberalismo constitucional, y sólo una centuria para la manifestación del socialismo. Se puede presumir, con un poco de audacia, que faltan pocas generaciones para llegar a un estado en que la jerarquía gubernamental será reemplazada por la libre asociación de los individuos y de las agrupaciones; la ley imperiosa a todos y de duración ilimitada, por el contrato voluntario; la hegemonía de la fortuna y del rango, por la universalización del bienestar y la equivalencia de las funciones, y por último, la moral presente, de hipócrita ferocidad, por una moral superior que dimanará naturalmente del nuevo orden de cosas.

Esto es la anarquía. Enunciamos la cosa antes que la palabra, porque las palabras asustan.

La anarquía es el complemento, y, puede añadirse, la perfección del comunismo. Quiérase o no, la marcha de los pueblos civilizados hacia un comunismo verdadero es innegable: «La democracia rueda a torrentes», ha dicho Tocqueville. En el presente, fuera del convento y del cuartel, ¿qué es el comunismo sino la confirmación, el resultado de la democracia, la generalización de los intereses no políticos (la política, esta farsa, está llamada a desaparecer), intereses materiales, tangibles, que dan vida a intereses económicos?

Este es el comunismo moderno, no más sentimental ni intuitivo que el de las tribus bárbaras, pero racionalistas, científico, que desde Babeuf a nuestros días ha penetrado en todas las capas sociales, precisándose aún más de Saint Simón a Fourier², de Fourier a Cabet a Carlos Marx.

Los ignorantes que no ven más que la corteza, lo externo de las cosas, se sorprenden de los cambios que no han sabido prever, como el marino que, con los ojos fijos en la dormida superficie del mar, no advierte en su seno el enunciado pavoroso de próximas tempestades.

Sobrevendrá la revolución social –esto es cuestión de algún tiempo solamente– y muchos la atribuirán el milagro, a lo imprevisto.

La humanidad comienza a tener conciencia de sí misma: la similitud y solidaridad de intereses, la necesidad de aprovechar en común los descubrimientos, las uniones más o menos pasajeras –el simple hecho, por ejemplo, de viajar juntos en un vagón o en un tranvía–, todo conduce al comunismo.

Pero expliquemos bien la palabra, porque hay comunismo y comunismo. Si entre las masas arraiga de día en día la idea de la *socialización de fuerzas productoras* (suelo, subsuelo, máquinas), es decir, no más reparto, sino posesión del patrimonio universal, hasta ahora inalienable, los unos quieren

2 Aunque Saint Simón y Fourier no hayan sido comunistas, han contribuido a la aparición del comunismo, desarrollando poderosamente el espíritu de asociación, que es la esencia misma del comunismo libertario.

un registro, una reglamentación que emane de un poder central, y los otros, admitiendo el concurso de todos en la producción, proclaman la autonomía absoluta del individuo: estos últimos son los anarquistas.

La palabra *anarquía*, durante mucho tiempo, ha sido mal interpretada. Del mismo modo que bajo Luis XIV los burgueses del Marais no concebían que subsistieran Estados sin monarcas a su cabeza, ahora, sin estudiar la etimología de la palabra *anarquía (ausencia de gobierno)*, la idea de que un hombre pueda ser autónomo, es decir, una cosa distinta de un juguete movido por otro hombre, parece disolvente a quienes vegetan toda su vida sujetos a estos principios heredados de sus mayores: *Es indispensable que haya un gobierno, es decir, una minoría de individuos encargados de dirigir a la mayoría y de pensar por ella.*

Y sin embargo, ¿qué hombre de buen sentido, de buena fe, podrá negar que la verdadera libertad consiste en ser dueño absoluto de su persona y de su voluntad, y en conseguir la independencia de cada uno, asegurando, naturalmente, la independencia de todos?

La masa es aún inconsciente, nos dicen. Ciertamente: pero entonces, ¿por qué la adulamos todos? Su inconsciencia la hace ciega; ¿pero petrificando su cráneo en un molde único para todos, aseguramos su emancipación moral? ¿Quién es el hombre providencial, el genio incomparable que podrá vanagloriarse de pensar desinteresadamente por todos? En cuanto al gobierno de las asambleas, vale éste lo mismo que el

de los individuos aislados, y aun quizás resulta más imperfecto, más caótico. Y si algunas veces es aquél menos despótico, no es virtud de una moralidad superior, sino porque los intereses encontrados lo neutralizan.

En un siglo, Francia ha experimentado casi todas las formas de gobierno: monarquía absoluta, monarquía constitucional, república, consulado, imperio, parlamentarismo y dictadura completa o mitigada. ¿Han sido sus resultados, sino la dicha perfecta (pues ésta los charlatanes podrán sólo prometerla), al menos el sentimiento de generar bienestar suficiente, y la convicción de que no había necesidad de pedir a la violencia la conquista de progresos ulteriores? No. Los mismos males sociales: despotismo, corrupción, miseria y prostitución moral arriba y física abajo. Y cada vez se ha debido llamar al mismo médico, siempre temido: la revolución.

De la impotencia de las modificaciones gubernamentales para equilibrar y armonizar los intereses en la lucha en el seno de una sociedad cuyos principales engranajes son estos mismos intereses, ha nacido la concepción anarquista.

Los individuos –y son muchos aún entre los que se llaman revolucionarios– que afectan considerar la anarquía como la aplicación exclusivamente de la fuerza bruta y no como una filosofía social razonada, *muy razonada*, dan sencillamente una prueba de su ignorancia o de su mala fe. La fuerza, aquí, no puede ser más que la subordinada, el apoyo del derecho: se puede ser un hombre exaltado y ser un esclavo.

Los comienzos un poco confusos del pensamiento anarquista en Francia, no pueden, en modo alguno, perjudicar la pureza de las ideas. Los movimientos que figuran a la vanguardia contienen los mejores y los peores elementos: al lado de los pensadores que sueñan con una humanidad dichosa y libre, hay batalladores por amor a la batalla, románticos, seres fríos, que dicen pertenecer al movimiento más *avanzado*, porque esto, según ellos, les dispensa de estudiar, enamorados de lo paradójico, brillantes algunas veces y agradables de escuchar para quienes, habituados a la discusión de escuela, no se asustan por una palabra, peligrosa muchas veces para la masa sencilla.

Pero los años pasan, se purifican las organizaciones, se precisan las ideas y se clarifican las fórmulas. La anarquía, muy diferente de los sistemas muertos apenas nacidos, de Fourier y de Cabet, tiene todo un porvenir de vitalidad, por que responde, no a la concepción de un filósofo, sino a la marcha de los acontecimientos, al ideal de los mejores y a las aspiraciones de todos.

Lo que aleja a un gran número de revolucionarios franceses de la anarquía, es que la mayor parte, a pesar de la fogosidad de sus discursos y de su aparente turbulencia, son muy rutinarios. Mientras que otros, más socialistas que revolucionarios, quieren imponer el sistema fruto de sus investigaciones; los primeros, más enamorados de la acción que del estudio, viven aún sujetos al fetichismo que les inculcaron los *gigantes de la convención*. Para estos, las revoluciones del futuro deberán calcarse absolutamente en la

del 92. Cada vez habrá una Commune, un comité de salud pública y habrá ejércitos, ni uno más ni uno menos; Robespierre y Saint-Just deberían resucitar, y ¡quién sabe si estos plagiarios no llevarían su amor a la limitación hasta el extremo de colocar sus cabezas bajo el filo de guillotina!

El gran error de los espíritus superficiales está en imaginar que después de la realización del ideal que ellos sustentan, la humanidad no tendrá otro ideal que perseguir; siendo así que vamos cómo los republicanos oportunistas, tratados de exagerados por los monárquicos, tratan a su vez de exagerados a los republicanos radicales, los cuales aplican este mismo epíteto a los posibilistas del socialismo y éstos lo aplican a los anarquistas.

Se puede decir, sin que esto sea paradójico, que todo hombre es a la vez el *reaccionario* de otro hombre y el *revolucionario* de otro también.

Las concepciones más avanzadas no han sido hasta aquí más que etapas, puntos de reposo. Por ejemplo, de la familia a la tribu o al municipio, del municipio a la provincia, de la provincia a la patria, ¿cuántas modificaciones y expansiones no ha experimentado la idea de la agrupación? Hoy, saliendo del patriotismo, se va al *racismo* (paneslavismo, panlatinismo, pangermanismo) y más allá del *racismo* es la noción de la *humanidad* la que ya comienza a formarse. Lo mismo ocurre con todo; y esta marcha ascensional de las concepciones humanas, si debe hacernos indulgentes para los rezagos, debe impedir, sobre todo, que tratemos de autopista a quien va más

allá que nosotros.

«Todo progreso –ha dicho Bakunin– supone la negación del punto de partida». Toda idea, podemos añadir, contiene la negación destinada a desaparecer pronto o tarde, y una afirmación destinada a ser la base de una nueva idea.

Así, en la idea del *patriotismo*, el principio positivo, real e indestructible es el de la solidaridad, la parte negativa es la que hace aparecer como enemigos, o al menos como vecinos peligrosos, los que viven al otro lado de la frontera.

De la revolución de 1789, lo justo, lógico y perdurable, es la afirmación de los derechos del hombre, de la libertad del individuo en el seno de la sociedad. Lo que, al contrario, es falso y desaparecerá al soplo del progreso, es la constitución de un funcionarismo oligárquico y el establecimiento de un despotismo más peligroso que el despotismo monárquico, porque es insaciable e impersonal: el despotismo de la ley. Las leyes, consideradas como la salvaguardia de la libertad, son, por el contrario, sus peores enemigos porque encadenan indefinidamente, no sólo la generación en que se promulgaron, sino las generaciones futuras; y estas leyes, por justas, por maravillosas, por divinas que sean en su tiempo, forzosamente han de degenerar en opresoras en una época en que los hombres, las costumbres y las ideas habrán cambiado por el incesante movimiento de la humanidad.

Es preciso que termine esa fábula de la humanidad dominada y encadenada por principios eternos, inmutables: patria,

religión, propiedad, familia, matrimonio. Si son inmutables, sus defensores no tienen por qué alarmarse de nuestros ataques. Pero la historia nos demuestra que han variado constantemente según el tiempo y lugar. ¿Qué era la patria al principio de la humanidad, cuando nuestros antepasados vivían en lóbregas grutas? No existía la religión; no había más que la ignorancia de los fenómenos naturales que debía ¡hay! hacer pasar al hombre por tantas fases: fetichismo, sabeísmo, politeísmo, monoteísmo, antes de dejarse entrever las realidades de la filosofía experimental.

La propiedad ha sido sucesivamente familiar, feudal, monárquica e individual. La familia ha sido patriarcal, matriarcal y despótica, según la forma griega, romana o cristiana. El matrimonio ha sido amorfo (promiscuación), poligámico, monogámico, poliándrico (aún lo es en las islas de la Sonda), indisoluble y disoluble. Las formalidades que lo han acompañado han variado hasta el infinito, convirtiéndose después en una cuestión de moda nada más.

Ocurriera lo mismo en la revolución que se prepara. Esta revolución será ante todo socialista, o por ser más exactos, comunista, pues el socialismo no es más que la hipocresía del comunismo. La marcha constante de los hombres y de las cosas nos conduce inevitablemente a la revolución. Pero asusta pensar lo que será un comunismo ordenancista, codificado por los legisladores, cada uno de los cuales tendrá un sistema favorito del que no querrá, desprenderse; sistema basado, por otra parte, sobre laboriosos estudios, pero en los que se prescindirá de la voluntad, el temperamento, las pasiones, en

una palabra, la libertad de cada individuo. La anarquía, que no triunfará aún –¡desgraciadamente– en la próxima revolución, que no podrá triunfar porque aún no habrá tenido tiempo para penetrar en el corazón de la masas, pues la sucesión de los acontecimientos será más rápida que la evolución de los cerebros, la anarquía será el contrapeso indispensable para impedir que zozobre la libertad en el desbordamiento comunista, para conducirnos, en una palabra, a un comunismo de costumbre, no ya a un comunismo de leyes!

Entonces se trabajará conscientemente y al mismo tiempo por hábito, como se lava uno por costumbre todos los días.

Se consumirá lo suficiente sin derrochar nada ni acaparar nada, porque se tendrá la certidumbre de que, siendo la tierra y las máquinas de todos, los productos continuarán al día siguiente con la misma abundancia en los almacenes de todos.

El recelo, expresado con frecuencia por ociosos poseedores, de que el obrero, apenas se libre del yugo del patrono, se entregará a la pereza y a los excesos, es muy exagerado. Ocurre frecuentemente que lo que faltos de todo se prometen grandes placeres y locos festines para cuando tengan dinero, al día que lo tienen son indiferentes a las cosas que les ilusionaban.

Lo repetimos: la anarquía absoluta, ideal, superior a todos los sistemas terminados en *ismo*, no se realizará al día siguiente de la revolución social. Pero esto no es una razón para negarla, ni mucho menos para combatirla.

Aun no considerándola como un estado extrahumano –lo que sería absurdo y nulo, no poseyendo cualidad alguna para trazar un límite al progreso–, representaría al menos el esfuerzo incesante hacia lo mejor, lo contrario de la inmovilidad, que indica la muerte de las sociedades.

Para poseer un poco hay necesidad de pedir mucho; sin una reivindicación compleja, excesiva si se quiere, de los derechos del individuo, el individuo, clasificado y regimentado, se ahogará en la masa, perecerá en la colectividad.

Nada sería tan criminalmente absurdo como querer en nombre de la igualdad, obligar a todos los hombres a trabajar el mismo número de horas, a absorber la misma cantidad de substancias, los mismos platos, a vestir ropas iguales, sin tener en cuenta las diferencias de temperamento, de organización, de edad, de gustos y de costumbres. ¡Valdría tanto como decretar que todos los hombres han de tener los cabellos negros y una talla de 1,75 metros!

La igualdad, tal como la comprenden estos reglamentos, no es la verdadera igualdad, sino una igualdad superficial, aparente. No siendo idénticos los individuos, no pueden ser sometidos a reglas idénticas. El comunismo debe limitarse a colocar la riqueza social al alcance de todos, sin permitir a algunos acaparar lo que es necesario para el bienestar general, lo mismo las máquinas, las minas, que la luz del sol.

Cosa extraña por otra parte; los escritores socialistas contemporáneos han extraído todos sus argumentos del

estado de la industria, fenómeno accidental, que un acontecimiento imprevisto, un descubrimiento cualquiera, puede modificar totalmente, y muy pocos se apoyan sobre la etnología, sobre el acontecimiento de las razas, sobre la tendencia, las afinidades, el pasado histórico de los pueblos.

A despecho de las aproximaciones y fusiones, que tienden afortunadamente de día en día a suprimir las fronteras, cada raza ha conservado un modo de vivir y de pensar que constituye su originalidad, su genio. Si los alemanes, sistemáticos hasta el exceso, tienden a un comunismo autoritario, a un socialismo de Estado, los latinos, más volubles, más ligeros, tienen grandes tendencias hacia la anarquía. La inestabilidad de los modernos gobiernos en Francia y España, las revoluciones populares de las repúblicas de la Edad Media, son una prueba irrefutable.

Autonomía y federación de las grandes fórmulas del porvenir. Desde ahora en adelante, la mayor parte de los movimientos sociales se orientarán en esta dirección, pero, no obstante, todos los pueblos no caminarán con el mismo paso hacia este fin.

La mezcla de diferentes razas (la céltica, la latina, la germánica) han hecho de Francia, por excelencia, un país de experimentación. Ahora bien; en Francia los socialistas que no fundan casas de beneficencia ni del papa se dividen actualmente en:

- Posibilistas o moderados.

- Marxistas o revolucionarios autoritarios.
- Anarquistas.

Conviene dejar aparte de esta numeración a los independientes³, que forman no una escuela, sino agrupaciones de unión, cuyos miembros se agregan a tal o cual secta, y los *blanquistas* que, no teniendo ningún cuerpo de doctrina y buscando ante todo la conquista del poder, más por realizar reformas políticas que por revolucionar el orden social, están, según las circunstancias, tan pronto al lado de los marxistas como al lado de los burgueses radicales⁴.

Cada una de estas tres escuelas coexistentes parece corresponder a una raza distinta y adaptarse a su estado de espíritu o de costumbres.

Ciertamente hay que desconfiar de toda clasificación, pero hay que hacer constar, sin embargo, que el posibilismo ha arraigado, sobre todo en las aglomeraciones célticas, propagándose en Bélgica con el partido obrero, arrastrando a la Gran Bretaña, esta tierra semicéltica, semisajona, con las asociaciones (cooperativas, *Trade Unions*), análogas a las que

3 Sin embargo, un gran número de independientes, en otro tiempo aproximado al marxismo, han evolucionado sensiblemente hacia el anarquismo.

4 Desde la época en que estas líneas han sido escritas el movimiento boulangista ha fraccionado en dos campos el partido *blanquista*. Algunos de sus jefes, descorazonados o cansados, se han retirado; los demás han perdido su influencia. La verdad sea dicha, quedan algunos militantes activos, pero que parecen dirigirse hacia la revolución, más bien por su propio impulso que bajo la dirección de los antiguos leaders (1897)

forman en Francia el ejército del socialismo reformista.

Aparece no menos claramente que, mientras el marxismo, doctrina de importación, se adopta a las formas alemanas, el anarquismo es su espontaneidad, en su fuego, en la brillantez de su ideal, refleja el espíritu de los modernos latinos.

Es verdad que entre los entusiasmos meridionales y el carácter frío y analítico de los ingleses hay una gran distancia. Éste, en general, penetrando de *lealismo*, aborda las cuestiones por sus detalles inmediatamente realizables. A pesar de esta enorme diferencia, la anarquía, bajo su forma más precisa, más práctica, la de la libre agrupación, tiene en Inglaterra un gran porvenir, porque el sentimiento de la individualidad existe mucho menos restringido que en otras partes por las instituciones, y el espíritu de la asociación hallase igualmente desarrollado. En cuanto al temperamento revolucionario, es menos definido, y más de una vez han sido los elementos extranjeros irlandeses, emigrados latinos o germánicos, quienes, aunque poco numerosos, han dado al movimiento social en Inglaterra su verdadera orientación.

Los socialistas alemanes, doctrinarios y enamorados de la autoridad –porque el espíritu de militarismo y de jerarquía los ha dominado–, serán sin duda violentos revolucionarios. Despiadados destructores del orden actual, lo sustituirán con un comunismo científico, dicen ellos, pero pesado, que dará a los trabajadores agrupados bajo la tutela del Estado más bienestar que libertad.

Menos profundo tal vez, menos exacto seguramente y más soñador, el espíritu latino, ligero e inconstante, no se prestará jamás a la prolongación de un comunismo de cuartel funcionando a la *prusiana*.

Al día siguiente de la revolución social, revolución que, en sus diversas fases, puede durar diez o doce años, es lógico presumir que, de las diversas tendencias doctrinarias y libertarias, se formará una resultante, un *modus vivendi* que, si aún no es la anarquía, protegerá, no obstante, la autonomía individual contra la opresión de la comunidad o de la corporación.

Nadie es tan tiránico como el que, desde un estado obscuro, ha llegado a ocupar elevados puestos, o sea el ser recientemente emancipado. Desembarazada del yugo del estado, es probable que la comuna⁵ intentará regentar las corporaciones, y ésta, a su vez, no guardarán siempre el debido respeto a la libertad individual.

Este organismo, digamos la palabra, este gobierno, podrá ser más opresor que el del estado, porque será un amo más inmediato.

En este sentido, está llamada a formarse una sociedad armónica: el punto de partida no será ya el estado, ser ficticio

5 Hablamos aquí, no de la comuna anarquista ideal, sino de la comuna que nacerá al día siguiente de la revolución y que, especie de consejo de las corporaciones, ejercerá una autoridad de la que abusará fatalmente si la masa obrera no se cuida de mantenerla en el límite de sus atribuciones.

en cuyo nombre ciegas leyes rigen sobre millones de seres diferentes de temperamento, de gustos y de carácter, sino el individuo, el individuo, que es el germen de la humanidad, que es un *microcosmo* (un mundo pequeño), y a quien no se debe sacrificar, ni en nombre de la mayoría del pueblo ni en nombre del soberano. Salvo en el período de lucha, en que las necesidades conducirán a los más libertarios a ejercer presión y autoritarismo –pues pretender lo contrario sería ceguera o hipocresía–, el derecho colectivo no es respetable mientras no sea la expresión del derecho individual. De otro modo no será otra cosa que la más tiránica de las obstrucciones.

Dígase lo que se quiera, comunismo e individualismo no son forzosamente dos términos inconciliables: al contrario, uno da fuerza al otro.

El porvenir demostrará que el individuo puede vivir muy bien libre en el seno de la comunidad.

Hasta hoy, la vida de las sociedades ha pasado en oscilaciones entre el comunismo y el individualismo. Privados de contrapeso, se hace generalmente demasiado sofocante el uno, para que pueda soportarlo impunemente la personalidad humana, y el otro, ferozmente egoísta, aniquila a los débiles. Este exceso reclama cada vez una reacción. Actualmente la reacción se prepara en el sentido del comunismo. Pero si éste, una vez pasadas las grandes sacudidas, no se equilibra con la libertad individual, las reivindicaciones a favor de esta última adquirirán muy pronto fuerza irresistible. Más irresistible, porque estando garantida la vida material, la vida intelectual y

moral será más intensa, y por lo tanto más exigente.

La insubordinación latina⁶, manifestada frecuentemente por la necesidad de expansión, más que por verdadero libertarismo, parece necesaria (hay que reconocerlo por encima de todo prejuicio patriótico) para contrabalancear los instintos jerárquicos de los alemanes, que muy prolíficos, podrían en un momento dado, por su poder numérico, ejercer sobre las demás naciones una preponderancia que, por ser pacífica, no sería menos intolerable. Del científico pueblo de Goethe y Schiller han hecho los Hohenzollern un cuartel, y hasta el socialismo se ha revestido de una forma dura. Liebknecht, el jefe del socialismo, parece hablar algunas veces como Federico II. Puede ser que detrás de la raza germánica –que en el apogeo de su fuerza parece destinada a eclipsar el viejo mundo latino– se levante la raza eslava, aun nueva, bárbara todavía, pero que al declinar el siglo XX, dormidos los latinos y agotados los alemanes, surgirá a su vez y hará que brille en Europa una civilización superior a todas las precedentes y de la que el poeta Pouschkine, el escritor Tolstoi, los pensadores Bakunin, Herzen y Kropotkin habrán sido brillantes precursores. San Petersburgo será entonces para París lo que París es para Atenas. Esta civilización ligera, alada, profundamente humana, combinada con el sentimentalismo eslavo, el arte griego, la fuerza latina y el genio alemán, se

6 Digan lo que quieran escritores como Félix Pyat, es evidente que los latinos no embrutecidos por la miseria y el fanatismo han cuidado mucho el desarrollo de su libertad individual. Su disciplina, tan frecuentemente criticada, es la prueba. En la antigüedad los germanos fueron más libertarios que los latinos, es porque aquellos aun eran bárbaros. Al civilizarse se han hecho más autoritarios.

dilatará, sin trabas, en un pueblo destinado verdaderamente a pasar casi sin transición del autocratismo más absoluto a la más completa libertad.

En la historia de la humanidad se ve a las razas y las instituciones sociales desarrollarse paralelamente. Cada pueblo, ocupando su lugar en la serie de las evoluciones, aporta su contingente de hechos y de ideas y arroja una semilla para el porvenir. Lo mismo que Grecia nos ha legado el arte y Roma el estado –mal que ha sido necesario para combatir y vencer el feudalismo gótico–, del mismo modo que los bárbaros han vivificado Europa limpiándola de la putrefacción del bajo imperio, parece que sucesivamente Francia esté destinada a dar a Europa las primeras nociones de republicanismo, Alemania a organizar el comunismo autoritario y Rusia a que prevalezca la anarquía.

La victoria de la idea republicana, correspondiendo con la supremacía de Francia, ha sido el término de la revolución del siglo XVIII.

Á fines del siglo XIX, el triunfo del comunismo concuerda con la hegemonía de Alemania.

El siglo XX será el siglo de Rusia; esto está fuera de duda. ¿Y cuál será entonces el fin de la evolución? Esa idea hoy naciente y aun mal comprendida, porque la miseria ha embrutecido las masas: la anarquía.

Los rusos que, aun viviendo bajo un gobierno de la Edad

Media, aspiran a la civilización del siglo XIX, se impregnan, singularmente, del espíritu francés y ven cómo se desarrollan lejos de ellos instituciones y regímenes distintos, no tendrán necesidad, cuando desaparezca su último autócrata, de pasar por las mismas fases que los occidentales⁷. Instruidos en nuestras vicisitudes y viviendo la vida de su época irán rectos hacia el fin. Mientras que en el campo el espíritu de sociabilidad mantenido por la existencia del *mir*⁸ los ha hecho comunistas, en las grandes poblaciones, el deseo de libertad, sentido más intensamente a medida que se *occidentalizan*, los prepara para la evolución, franca y enteramente anarquista⁹.

Un día llegará en que los pueblos europeos se encontrarán frente a frente con la raza amarilla despertada de su letargo. Sin necesidad de guerra ni conquistas, sino por el sólo hecho de una inevitable expansión, quinientos millones de

7 Estas líneas, es preciso recordarlo, se escribieron cinco años antes de la creación de la alianza francorrusa. Para gran número de reaccionarios franceses, el zar es el gendarme llamado con todos sus anhelos que podrá vencer la revolución social. Pero a despecho del zar, hay ciento veinticinco millones de rusos, entre los cuales se despierta la conciencia humana, y la tendencia de los pueblos es más fuerte que la política de los que los gobiernan.

8 Comunidad agrícola análoga a la antigua tribu céltica y el *mark* germánico, que considera la tierra como un capital inalienable y se reparte periódicamente entre diversas familias.

9 Esta afirmación puede hacer sonreír. Los indulgentes se limitarán quizás a indicar que la mayor parte de los nihilistas activos, los que hablan en los congresos, a pesar de que el período de acción terrorista está suspendido, ostentan el título democrático-socialista. Nosotros les contestaremos que eso no son más que torneos que gozan ciertamente una publicidad momentánea, pero no una influencia educadora, comparable a la de Kropotkin y de Tolstoi, el cual, a pesar de sus tendencias místicas, hace casi siempre obra de anarquista.

inconscientes de aspecto humano, prosternados ante sus dragones y sus ídolos, lamiendo la tierra a los pies de sus reyes, reemplazando la mujer por el hombre y la filosofía por el monosílabo, amenazarán con desbordarse sobre Europa. Este será un choque formidable. Si nuestros nietos no poseen esa palanca poderosa, que es la conciencia y la libertad del individuo, ¿cómo podrán maniobrar contra una nueva Edad Media? ¿Cómo encauzar el torrente y hacer que triunfe la civilización? a la supremacía del número, ¿qué poner si no la inviolabilidad del ser? ¿Cómo combatir la plaga de los viejos prejuicios, de las antiguas religiones que han momificado el oriente, el budismo, hermano del cristianismo, si no es por medio del racionalismo de la ciencia que, libre de toda traba oficial, habrá alcanzado un dominio prodigioso? Y a la adoración de dios y del amo, ¿con qué responder si no es con la afirmación enteramente anarquista: «Ni dios ni amo»?

II. RELIGIÓN Y PATRIA

Los escritores burgueses, que amontonan, para arrojarlas a la cabeza de sus adversarios, todas las estupideces corrientes, todos los *clichés* gastados, acusan a los socialistas de querer destruir indistintamente religión, patria, familia, propiedad, artes y ciencias. Estas censuras dirígense sobre todo a los anarquistas que, diferentes de los socialistas parlamentarios, rechazan todo paliativo.

Examinemos estas imputaciones y descubriremos que unas tienen un fundamento justo y que otras son erróneas.

Causa profunda extrañeza ver a los volterianos que han suprimido a dios para su uso personal, cómo preconizan su sostenimiento y aun su invención para uso del pueblo. «El pueblo –dicen ellos– necesita como los niños (y el pueblo no es otra cosa que un eterno niño) una religión» Nada más añaden, pero es seguro que piensan: «Una religión que haga soportar pacientemente a los condenados de este mundo su infierno terrenal, mostrándole al término de este infierno un imaginario paraíso».

Los anticlericales burgueses de la tercera república francesa, mucho más preocupados en conquistar el poder que en iluminar las inteligencias populares, no abordaron la cuestión más que en sus aspectos más pequeños, sometiendo el culto oficial, no en su esencia constitutiva, sino solamente en su forma accesoria y a través de la vida de sus ministros, hombres ni mejores ni peores que los demás. Atacaron al cura, lo que hubiera sido excelente si se hubiesen tomado el trabajo de llegar hasta el fin y presentar, en lugar del antiguo mito impuesto a los espíritus, la verdad científica colocada al alcance de los menos cultos. En vez de hacer esto, se limitaron a escribir libelos satirizando la sotana para glorificar el tricornio del gendarme y censurado frecuentemente en el cristianismo las cosas que tuvo verdaderamente responsables: su primitivo grito de revuelta contra la opresión social, su afirmación de la solidaridad humana.

Es de justicia esperar en el cristianismo, como en el budismo o todo culto convertido en oficial y conservador con el tiempo, lo que, inicialmente, fue generosa reivindicación, de lo que más tarde se hizo especulación interesada, ergotismo o locura.

Las creencias religiosas, basadas sobre la observación superficial de los fenómenos naturales, sobre la ambición del predominio de una casta a costa de la masa ignorante, o sobre las concepciones personales de un reformador, concepciones que originariamente han podido ser sinceras, pero que cesan poco a poco de hallarse en armonía con los progresos del espíritu humano y las costumbres de la época, han sido en todo

tiempo las plagas de la humanidad¹⁰. Todos los dogmas están llamados a ser sustituidos por la filosofía edificada sobre las bases del racionalismo científico.

Es un grosero error, digno de un papanatas creer que las religiones han sido inventadas todas de una pieza. Han sido creadas poco a poco por la ignorancia de las multitudes y después condensadas, sostenidas y explotadas por los charlatanes. De la adoración de la materia bruta o animada (fetichismo), el hombre se ha elevado a la adoración de las fuerzas naturales; el agua, el fuego, el viento, los astros (sabeísmo). Después ha puesto la existencia de motores conscientes, a los que a puesto el nombre de dioses (politeísmo), y finalmente, reduciendo de día en día el número de estos dioses y aumentando su potencia, ha llegado a admitir nada más que uno solo (monoteísmo). Hoy se advierte ya que los fenómenos, tanto morales como físicos, son la obra, no de una voluntad suprema, independiente, sino de un encadenamiento de hechos que se determinan unos a otros hasta el punto que, razonando sobre una serie de hechos conocidos, se puede deducir el resultado. Un edificio se libra de la destructora chispa eléctrica, no por la divina protección, sino

10 El budismo y el cristianismo, estas dos religiones que guardan tanta analogía y que al principio han sido sin contradicciones reformadoras, han conducido la primera a la momificación del oriente, exaltando el deseo de humillación, el *nirvana*: la segunda a la inquisición, a la edad media, a la monstruosa tiranía de los papas. El protestantismo, existiendo progreso en su nacimiento, no ha tardado en constituir una religión hipócrita y egoísta como la sociedad moderna, a la cual conviene admirablemente, religión más temible que el catolicismo, porque, más joven y en apariencia menos estúpida, tiene más vitalidad.

porque está previsto de un pararrayos. Una nación será vencida, no por efecto de la ira celeste, sino porque su ejército es inferior a los del enemigo o por carecer de jefes experimentados. Del mismo modo se produce una indigestión si un hombre come más de la medida, que el tiempo seco dará una mala cosecha o que en tal circunstancia un individuo de temperamento nervioso procederá de un modo muy diferente a un linfático, lo mismo se llega a la conclusión de que tal hecho es origen de otro que a su vez tiene causa más lejana. Las leyes naturales, que son simplemente la manera de ser de los cuerpos, eliminan, pues, la idea de dios.

Los socialistas no anarquistas que no comprendiendo que su sociedad ideal no se puede establecer más que sobre la destrucción completa de la actual sociedad han cometido la falta de empeñarse en el engranaje parlamentario, serán imponentes contra la religión como lo han sido los republicanos radicales, los cuales, después de haber prometido la separación de la iglesia y del estado, la supresión del presupuesto de cultos y convertir en bienes nacionales los terrenos acaparados por las congregaciones religiosas, no han podido ejecutar ninguno de los extremos de sus propaganda. De concesión en concesión, de aplazamiento en aplazamiento, los socialistas parlamentarios dejaron todas las cosas en su estado. Sólo los anarquistas que han hecho suya la bandera de Blanqui: *ni dios, ni amo* resolverán el problema, no separando, sino suprimiendo la iglesia y el estado. El pensamiento ha muerto a la fe: todas las religiones están condenadas irrevocablemente.

El cristianismo se extingue. Nacido en Oriente, jamás ha podido echar raíces allí. El islamismo lo hizo fracasar en África. En Europa y América pierde terreno día a día. No les resta por explotar más que las primitivas hordas de Oceanía, condenadas a la desaparición en un breve espacio.

El islamismo, por otra parte, no puede convenir a las naciones civilizadas. Aun le restan largos días en África y en la India, pero ha de llegar el momento en que la industria y la ciencia se posesionaran definitivamente del país de *Las mil y una noches*, y este día será vencido el islamismo.

El judaísmo no hace prosélitos: muy al contrario, sus creyentes lo abandonan para hacerse ateos y librepensadores. Esta religión se extinguirá dulcemente.

El brahmanismo, aun contando con doscientos millones de fieles, se bate muy difícilmente contra el islamismo profesado por cincuenta millones de indios. El día en que se produzcan grandes cambios sociales, cada vez más por la rivalidad de ingleses y rusos en el Asia central, se hundirá el brahmanismo.

El budismo encierra en el fondo una concepción de panteísmo materialista, pero la ignorancia y la superstición no han tardado en alterarlo profundamente. Menos tiránico que el brahmanismo, contra el cual hubo de sostener luchas empeñadas, conduce sin embargo al desprecio de la vida humana y del progreso. Profesando por la inmensa mayoría de la raza amarilla, se encontrará dentro de un siglo en contacto con el materialismo científico, que habrá sepultado al

cristianismo. No cabe ninguna duda de que en esta lucha la victoria será para la libertad del pensamiento.

Una religión más vulgar, la de la patria, ha venido desde hace un siglo, sobre todo, a sustituir a la vieja fe, cayendo poco a poco en desuso. Se nos censura a los anarquistas porque atacamos a las dos indistintamente; pero, antes de ir más lejos; es preciso que nos entendamos.

Desde luego, es evidente que nada haya tan absurdo como aborrecer a un hombre porque ha nacido en la orilla derecha del río tal, en vez de que su corazón se dilate en Bayona y se le encoja en San Sebastián, es el colmo del absurdo, y se pregunta uno cómo es posible que semejante locura pueda encontrar todavía adeptos. La naturaleza humana, no menos que la lógica, protesta contra tan bárbaro razonamiento. Si un individuo cae en el Sena, los valerosos ciudadanos que arriesgan su vida para salvar la de aquel desgraciado no preguntarán antes si se trata de un *súbdito* francés o alemán: no verán en él más que un *hombre*.

Genoveses y venecianos pertenecen hoy a la misma patria; no ocurría así en la edad media. En nombre de la patria se peleaban los Doria y los Dandolo, y en nombre de la misma abstracción morían los genoveses en 1866 en Custoza para arrancar Venecia del yugo austriaco.

¿Y esos habitantes de Tiflis y de Khiya, enemigos en otro tiempo de Rusia y que hoy combaten por ella? ¿Todo esto no prueba que la idea de la patria, muy menguada al nacer y aun

hoy muy estrecha, se dilatará, fundiéndose finalmente con la idea de la humanidad?

La humanidad, en su desenvolvimiento, ha ensanchado el círculo en que estaba encerrada primitivamente la agrupación familiar¹¹. Impuesta por las necesidades fisiológicas y la necesidad de la reproducción, le ha sucedido la tribu entre los nómadas y la ciudad entre los sedentarios. Esta forma, que ha durado mucho tiempo, que dura todavía entre los menos civilizados, ha dado lugar a las federaciones entre los pueblos más libres, el Estado entre los otros. En la edad media, moralmente no existía Francia, la reemplazaban la Île-de-France, la Champagne, la Borgoña, Flandes, la Normandía, etc.; en 1089 vino quien rompió las barreras, y de todas las provincias, diferentes en sus costumbres, en sus idiomas, en sus leyes, durante mucho tiempo enemigas mortales unas de otras, hizo una nación, una patria.

Esto fue un progreso inmenso y hubo necesidad de defender esta patria contra los déspotas de fuera y los reaccionarios y los *inmovilistas* de dentro, que querían sostener el antiguo desmembramiento. Hoy los *inmovilistas* se llaman patriotas, y los discípulos de los patriotas de entonces, desarrollando la idea primitiva, son cosmopolitas¹².

11 Esta agrupación llega a abarcar casi en todas partes, no solamente la familia inmediata formada por padres e hijos, sino también los grupos emparentados (*gens* entre los latinos, *clan* entre los celtas, *mark*, entre los germanos).

12 O internacionalista. Desde 1888, época en que fueron escritas estas líneas, ciertos jesuitas de sayo corto, persiguiendo fines fáciles de comprender, se ha esforzado en desacreditar la palabra cosmopolita (para desacreditar la idea),

Hay dos modos de negar la patria: uno estrecho, bárbaro, irrealizable, además, que sería querer el despedazamiento de un país unificado por la lengua y por un conjunto de costumbres.

Esto sería el regreso al provincialismo, a la Edad Media. El otro, noble, generoso, justo, además, porque está conforme con el movimiento de las cosas, que es preconizar la federación de los pueblos libres, constituyendo una patria única, sin rival¹³.

Se me puede objetar que la fusión de tantos elementos étnicos diferentes no se puede hacer de un golpe. Es verdad que las primeras en agruparse entre sí serán las naciones de una misma raza, existiendo afinidades naturales y comunes aspiraciones.

No cabe duda de que antes de llegar al internacionalismo completo habrá una etapa que será el *racismo*; pero hay derecho a esperar que el descanso resultará breve. El comunismo, que al comenzar su funcionamiento parece que

aplicándola especialmente a los lobos de la banca.

13 El principio, si no el único obstáculo para la federación de los pueblos, es la existencia de los gobiernos. Así, por consecuencia de la clases capitalistas y gubernamental, las repúblicas de la América Latina, siendo la misma raza y hablando la misma lengua, hállanse frecuentemente en guerra contra otras. ¿Se cree que podrá establecerse una república universal mientras existan los prejuicios de patria y gobiernos rivales en Washington, París, Londres, Berlín, Viena, San Petersburgo, Roma y Méjico? ¿Consentirían estos gobiernos en disolverse o subordinarse los unos a los otros para operar la aproximación de las naciones? Ciertamente no, y la nueva humanidad, hacia la cual marchamos indiscutibles, no se establecerá más que por la supresión de las fronteras y de los gobiernos.

deberá ser fatalmente reglamentado, sobre todo desde el punto de vista de los cambios internacionales, entrañará la constitución de federaciones *racistas* (latina, eslava, germánica, etc.) La anarquía, que se puede entrever al final de dos o tres generaciones cuando, a consecuencia del desenvolvimiento de la producción, toda reglamentación sea superflua, será el fin del *racismo* para realizar el advenimiento de una nueva humanidad sin fronteras.

Lo que los anarquistas, atacan despiadadamente en el patriotismo, no es un lazo más o menos real de solidaridad entre hombres de una misma región, sino al contrario, el particularismo feroz que impide la extensión de este lazo entre los hombres de otras regiones. Si aun cerca de sí, hablando un mismo idioma y respirando el mismo aire, se encontrara al despiadado enemigo que oprime y explota, ¿es lógico amontonar odio contra los desconocidos, oprimidos y explotados también, detrás de las fronteras? ¡Gloria a Rothchild! ¡Paso a Gallifet! Y al pobre Juan del Pueblo, alemán o italiano, latigazos para que camine. Este es la lección que los gobiernos enseñan a los gobernados.

¿Qué hombre consciente no enrojecerá hoy al recitarla?

En cuanto al antagonismo fundado sobre la concurrencia económica entre los trabajadores de distintas nacionalidades, muy vivo en el seno de las masas obreras, no tienen razón de ser. Si los obreros arrojados de su país por el crecimiento de población y la carencia de trabajo se ven reducidos a trabajar por un mísero salario, ¿es de estos desgraciados la culpa o de

los que los explotan? Justamente por falta de comprensión de la solidaridad social, ¿qué pueblo no ha hecho soportar a otros el peso de su propia miseria? Sin remontarnos a épocas lejanas, ¿no vemos en nuestros días a los mismos proletarios franceses e ingleses que censuran a los alemanes, italianos y belgas, porque buscan trabajo entre ellos, dirigirse por millares a las costas del Nuevo Mundo, para vender su fuerza muscular a los explotadores?

Más aún que el sentimentalismo, la consecuencia de los intereses hará desaparecer estas barbaries, faltas de lógica.

III. LA ANARQUÍA EN LA FAMILIA. LA UNIÓN Y EL AMOR LIBRE

«¡Desgraciados! Vosotros predicáis el desprecio a la familia», dicen a cada momento a los revolucionarios los moralistas burgueses.

Y la familia no existe.

¿Qué familia es esta en la que el hombre, la mujer y el hijo, trabajando como mercenarios en una fábrica para no morir de hambre, se hace una mutua competencia y han de encontrarse a la noche, después de diez o doce horas de separación, por su condición de esclavos, extenuados, descorazonados, teniendo en sus labios, en vez de palabras de amor, imprecaciones que caen sobre el compañero de cadena?

¿Qué familia es esta en la que la madre no puede vigilar a su hija, que un hijo de un burgués ha seducido en la calle y la ha abandonado después de hacerla madre? ¿Qué es esta familia en la que el hijo nacido del azar no necesita jamás a su padre,

y en la que la madre, temiendo ser sorprendida por sus padres o sus amos, no pensará más que en desembarazarse furtivamente de su progenitura?

¿Qué familia es esta en la que todos, viejos y jóvenes, varones y hembras, atrofiados, depravados, corrompidos por la miseria, durmiendo bajo un mismo techo, sobre un mismo jergón, se disputan con ávida tenacidad un horrible bodrio?

¿Qué familia es esta de ricos burgueses afectados, ceremoniosos entre ellos, gozando, el señor, con las prostitutas; la señora en la *soirées*; el hijo, seduciendo actrices; la hija, conquistando señoritos gomosos u oficiales del ejército, depravados con sus sofocados ardores, a los camaradas de colegio o a las compañeras del convento?

¿Qué familia es esta compuesta de una interminable serie de primos, primas, sobrinos, nietos, tíos, tías, que os importunan, que os espían, esperando con impaciencia el momento en que os muráis para repartirse vuestros despojos?¹⁴

La familia ha muerto, y atacar a los anarquistas porque tratan de suprimirla es una demostración de ignorancia. No se trata de dividir a los individuos ya moralmente separados, sino al contrario, de extender el lazo de la solidaridad del amor.

Este hogar doméstico que no existe ya, que la sociedad

14 Los burgueses han dado a la palabra *esperanza* una acepción espantosa. Cuanto, refiriéndose a una joven que va a casarse, dicen que tienen *esperanza*, esto significa que la muerte de sus padres vendría a enriquecerla.

actual, fundada sobre el interés *de uno contra todos*, ha destruido, reformado, extendido, roto la cadena, y conseguiréis la unión; he aquí lo que propagan los anarquistas.

Esto es lo que ha expresado el poeta Paul Paillette en los siguientes versos, que son a la vez un *credo* y un canto de amor.

«Al contrario que a los civilizados, nos hacen falta a nuestros sentidos embotados las caricias de los viejos, de los niños y de las madres. Todos los viejos son nuestros padres, todos los niños son nuestros hijos, y sean amarillos, negros o blancos, en todas partes los hombres son nuestros hermanos»

Jamás la fraternidad humana, sobre la que tanto han despotricado los tartufos de la filantropía, ha sido glorificada con más sencillez ni con más fervor.

¿Es esto decir que el afecto pueda ser uniforme, igual para todos? No lo creemos.

En toda sociedad, por armónica que sea, hay individuos que inspiran a sus compañeros más simpatía que otros. Es evidente que la diferencia de caracteres, de aficiones, de aptitudes, crearán lazos no ficticios y convencionales, sino morales, más poderosos que el parentesco.

Por otra parte, parece evidente que, si el hombre puede amar como suyos a los hijos que él no ha creado, la mujer hará siempre una distinción entre éstos y los que han nacido de su

carne y de su sangre. Recíprocamente, éstos amarán más a sus madres que a las demás mujeres.

El amor de la progenitora –evidenciado por los frenópatas– está más desarrollado en las hembras de todas las especies animales, la humana inclusive; es una consecuencia de su estructura interna y externa. La presencia de órganos ausentes en el hombre, adaptados a funciones especiales: la matriz que guarda el germen, los pechos que nutren, determinan evidentemente sobre la materia cerebral sus impresiones, originando, por lo tanto, sentimientos, originando, por lo tanto, sentimientos e ideas indistintas. Generalmente el amor del padre es más intelectual; el de la madre más *sensitivo*.

El nuevo orden social, suprimiendo las causas de los conflictos, desenvolverá los sentimientos afectivos oprimidos en nuestra sociedad egoísta, y lejos de disminuir el amor maternal, le dará más dulzura, mayor encanto.

Desembarazados de los prejuicios y de los lazos convencionales, los seres evolucionarán según la impulsión de sus organismos. No será necesario ocultar los sentimientos.

La unión entre los sexos no será ya el innoble comercio actual: mujeres jóvenes entregadas a viejos agotados; hombres jóvenes desposándose con viejas coquetas enriquecidas; un título casándose con un arca de valores. Los tíranos de frío corazón y apagados sentimientos no tendrán derecho ni poder para inmolar sus hijos a sus estúpidos prejuicios o a su avaricia.

Y si los defensores del matrimonio como hoy existe alegan los *errores* de la juventud y la necesidad de la tutela y la experiencia de los padres, fácil de contestarles que, en el matrimonio anarquista, no siendo indisoluble, cuando a los esposos se les haga insoportable la vida, recuperarán su libertad. Este será el amor libre en la unión libre.

Sería curioso que los mismos burgueses que han sustituido el divorcio con un correctivo del matrimonio –al uso principalmente de los ricos, porque las formalidades necesarias son muy costosas para los pobres– sintieran hipócrita pudor ante la facilidad de esta ruptura. Realmente, esta extraordinaria libertad hará que las uniones se rompan con menos frecuencia o con menos escándalo que en nuestros días. Constantemente vemos, en efecto, que en los matrimonios llamados *ilegítimos* –sin duda porque el amor y la libre elección los ha rescindido–, el temor de ser abandonados es un estimulante para la ternura.

«Pero ¿y la legislación del matrimonio por la iglesia, o al menos por la alcaldía? ¿Qué haréis de ellos?», claman los moralistas pudibundos, olvidando las cabriolas que hicieron de jóvenes en el baile de Bullier y el desprecio de antaño para el matrimonio, cuya institución calificaban de burguesa.

Y bien; ¿es la sobrepelliz del cura o la banda del alcalde las que constituyen la unión entre dos seres? Si un hombre y una mujer son arrojados a una isla desierta, ¿esperarán, sea cual fuere la austeridad de su educación, que un alcalde problemático caiga desde el cielo para permitirles la unión?

La comparecencia ante un extraño que sanciona vuestro encantamiento, no es más que una formalidad accesoria que varía según los pueblos o los tiempos y los lugares, instituida para garantizar un contrato de interés. En una sociedad comunista, en la que no existirían privilegios, será muy natural renunciar a la indecente intrusión de un tercero en un acto que el hombre y la mujer realizarán en dulce misterio. En la época en que el sentimiento se confundía con la fe, se podía admitir la intervención de un cura, atrayendo sobre la cabeza de los esposos la bendición del cielo; pero hoy el Estado –esa iglesia laica– ha suplantando a la iglesia cristiana, y los artículos del código civil son quien presiden las palpitaciones del corazón, la turbación del esposo y de la enrojecida virgen. En el fondo no hay nada tan contrario al pudor como esta declaración de un acto fisiológico hecha a un indiferente que os inscribe en un libro voluminoso.

La unión libre implica la igualdad del hombre y de la mujer. La unión legal, al contrario, no libra a la joven desposada, aun siendo mayor, de la tutela de la familia más que para someterla al despotismo del marido.

Desgraciada la que, sorprendida en su buena fe, se case con un hombre brutal o desordenado. La ley es terminante: «La mujer debe seguir al marido a todas partes» Arruinada, maltratada, no podrá abandonar el hogar conyugal hasta que la justicia, después de mucha lentitud y muchos dispendios, no le otorgue el divorcio o la separación.

Como consecuencia, la mujer, aniquilada por la ley,

entregada por un código anacrónico al capricho del marido, intenta luchar contra la fuerza por medio de la astucia, y degenera en maliciosa, sagaz y páfida frecuentemente. En este estado de antagonismo declarado o escondido, la mujer se despoja de todo lo que forma el encanto de su sexo.

La razón y la dignidad están aparte de la unión libre, pues ésta, mucho mejor que el matrimonio legal, conserva la pureza de los efectos y renueva el amor. En todas las épocas, el sentimiento humano, más intenso que los prejuicios, ha hecho surgir esos tipos de enamorados ilegítimos transmitidos por la historia o creados por la leyenda, ejemplos: Hero y Leandro, Abelardo y Eloísa, Paolo y Francesca de Rímíni. ¿Qué hogar burgués, por honesto que sea, excita jamás la ternura que inspira los protagonistas de la novela del abate Prevost? El caballero Des Grieux y su Manon Lescaut, los dos tan viciosos, tan neuróticos, pero teniendo en el corazón la viviente llama del amor. ¿Y Fausto y Margarita?

La unión libre, por otra parte, ayuda a la marcha del progreso social. La estadística establece que, en las grandes ciudades, y sobre todo en París, el número de *hogares falsos* y de nacimientos naturales aumentan de día en día y en proporción relativamente superior.

Los partidarios del matrimonio legal acusan a sus adversarios de buscar la satisfacción de sus sentimientos, hasta el punto de convertir la sociedad en un inmenso lupanar, Este reproche, dictado por un resto del espíritu cristiano de abstinencia y mortificación, inspirado en la creencia de que, para ganar el

cielo, hay que pasar un infierno en este mundo, es un reproche es absolutamente falso. Nada diferirá más que una sociedad en la que reine el amor libre, sincero, desinteresado, de esas madrigueras toleradas por el Estado, en las que los explotadores se enriquecen obligando a unas desdichadas a prodigar caricias a precio de tarifa.

Hubo un tiempo en que las enseñanzas decían que, para complacer a dios era necesario privarse de comer cuando se sentía hambre y de beber cuando se sentía sed, e ir con los pies desnudos, vestir harapos y dormir sobre el duro suelo.

Para decretar la degradación de la pobre bestia humana se le predica la castidad a todo trance, la renuncia a la mujer. Esto fue lo que nos dio la edad media, el embrutecimiento de Europa durante once siglos.

Hoy la lucha está empeñada entre los que defienden la continuación del pasado y los que quieren la emancipación integral de individuo. Emancipar al individuo es aumentar su valor, dando a sus aptitudes, a sus facultades, toda la suma de su desenvolvimiento.

Oprimiendo y violentando los sentimientos es como se llega a pervertirlos, a crear afecciones anormales, al onanismo, la sodomía y el safismo. ¡Cuántas víctimas han sido hechas por el convento y el claustro! El fuego de las pasiones es menos peligroso que el aislamiento, que acaba por crear en el cerebro de los jóvenes extraños insomnios, entregándoles a vergonzosas prácticas, que los hacen neuróticos.

La libre elección determinando las uniones, regenerará moral y físicamente la especie humana bestializada por la ignorancia, atrofiada por la miseria y el vicio y debilitada por un industrialismo sin freno.

Los tahitianos, pueblo en otro tiempo el más libre para el amor, constituían una raza soberbia. La llegada de los misioneros católicos y protestantes, que cambiaron su manera de vivir y quisieron regularizar sus matrimonios, fue una de las principales causas de la decadencia física y de la despoblación.

Se puede asegurar resueltamente que la supresión de todos los lazos convencionales, que permitirá hacer abiertamente lo que hoy se ejecuta con la mayor hipocresía, no nos conducirá a las orgías del directorio ni a los desenfrenos de la burguesía emancipada. Es evidente que, durante los primeros años que siguen a una revolución, reina cierto desorden en las ideas y en las costumbres. Pero el tiempo se encarga de educar a las generaciones, la agitación se clama, desaparecen poco a poco los excesos y se establece el equilibrio sobre otra base y con mayor estabilidad.

IV. LA PROPIEDAD

En una época en que el afán de lucrar ha llegado a su paroxismo, nada puede ser objeto de censuras tan violentas contra los anarquistas como sus ataques a la propiedad.

En otra época se acusaba a los socialistas de *repartidores*; esta calumnia ha caído en desuso, y si los ignorantes la repiten, los hombres cultos, los escritores serios, la rechazan.

En efecto la comunización, la socialización de los capitales es exactamente lo contrario del *reparto*; es la propiedad cesando de ser acaparada individualmente y devuelta indivisible a la sociedad con el fin de que todos puedan poseerla.

¿De qué se compone la riqueza social? De capitales (numerario¹⁵, tierra, minas, máquinas, inventos); fuentes de producción.

Si los comunistas piden que los medios de producción sean

15 Mencionamos el numerario, porque actualmente está considerado como un capital. En realidad, es improductivo por su naturaleza, y no tendrá razón de ser en una sociedad comunista. -(véase más adelante)

de todos y de los productores y que no sean arrebatados del poder de sus creadores, ¿viven en la lógica y en la justicia?

¿Qué hombre, por ejemplo, puede titularse legítimamente propietario de la más pequeña parcela de tierra? ¿Cuándo la ha creado? ¿Quién de sus predecesores ha poseído jamás el verdadero título de posesión? Los legítimos propietarios del suelo francés, ¿eran los celtas, los latinos o los francos, que se lo arrebataron sucesivamente.

Los poseedores llamados legítimos del suelo argelino fueron las tribus árabes hasta 1830. Desde esta fecha los gobiernos franceses son los que distribuyen a su antojo las tierras a los colonos europeos. La historia no es otra cosa que un perpetuo conflicto de las razas y de los pueblos que se empujan y se atropellan y pretenden legitimar por medio de las leyes sus conquistas debidas a la fuerza o a la astucia. Los buenos burgueses que en Francia piden respeto a la propiedad, son los mismos que aclaman la disposición de las razas indígenas en el Tonkin y en Túnez. ¿Son los ladrones, los que habiendo acaparado –pacíficamente o no, poco importa– la tierra y sus riquezas pretenden condenar a la indigencia al resto de sus semejantes, o a los que negando todo privilegio y todo derecho hereditario quieren dar su dominio a la humanidad entera.

No obstante, si los anarquistas proclaman la universalización del suelo, se muestran relativamente moderados en la práctica. Teniendo en cuenta el amor que profesa a su pedazo de terreno el mismo que lo cultiva, quieren arrancar la tierra a los grandes acaparadores para hacer una propiedad común en la

que poco a poco se fundirán las parcelas de los pequeños propietarios. «Cuando éstos vean –dicen con razón los anarquistas– la superioridad del cultivo realizado con las grandes máquinas sobre los instrumentos primitivos, arrancarán los árboles, arrasarán los muros, llenarán los surcos para unir su parte a la propiedad común» Esta manera de proceder es más lógica que el sistema autoritario, que, expropiando indiferentemente a grandes y pequeños poseedores, provocaría terribles revueltas¹⁶.

El pequeño cultivo –se ha dicho– estimula la actividad del campesino, que se ve obligado a multiplicarse para encontrar en una reducida parcela medios suficientes para vivir. Sí; pero esto mata al hombre y agota la tierra, exigiendo al mismo campo los más variados productos. Los terrenos en Francia han perdido su antigua fertilidad, las poblaciones rurales sufren el consiguiente abatimiento por este estado de miseria, y buscando mejorar las condiciones de su vida emigran a las ciudades. La continuación del régimen económico general nos conducirá rectamente a la bancarrota y al hambre. En una sociedad comunista, sucederá al contrario. Basada, no sobre la explotación, sino sobre la solidaridad, los habitantes de países empobrecidos podrán dejar descansar el suelo para que repose y alimentarse de las cosechas de otras regiones.

La organización social que sufrimos conduce por todas partes a la expropiación de las masas, a la hegemonía de una casta.

16 Es justo constar que muchos socialistas autoritarios han modificado sus miras a este punto.

De día en día se reduce el número de poseedores y se reproduce en el orden económico el mismo fenómeno que se realizó otra vez en el orden político. Una aristocracia vino a constituirse después de graves conmociones, pero los señores fueron luchando y eliminándose recíprocamente, hasta el punto de no ser más que dominados y absorbidos por un señor más poderoso: el rey. Y cuando el rey fue sólo, se le cortó la cabeza. Esto fue lo que ocurrió a Luis XVI y lo que les ocurrirá –más o menos figuradamente– a esos reyes modernos que se llaman Rothschild, Bleichorder, Gula, Mackey, Vanderbilt.

La tierra, y así como la tierra todos los capitales, va siendo de día en día patrimonio de menos número de poseedores. En Francia, si en algunos apartados rincones sin comunicación ha aumentado el número de pequeños propietarios, en la mayoría de los demás departamentos, completamente *industrializados*, la tierra pertenece a las empresas o a un reducido número de capitalistas. Esto se deduce fácilmente del estudio del catastro, que da, no el número de propietarios, sino el de las propiedades. Ahora bien; a un individuo o a una sociedad, poseyendo muchos dominios, bien sean en una sola región, bien en regiones diferentes, les conviene reducir singularmente el número de propietarios. Según los cálculos del número de propietarios, según los cálculos más serios, puede asegurarse que entre un millón de individuos sólo cien mil poseen las dos quintas partes del territorio.

En Italia y España la situación de los pequeños agricultores, agobiados de impuestos sangrados por el fisco, es espantosa.

Irlanda se revuelve bajo el pie del *lud lord*.

En América, la nacionalización de la tierra es el grito de un movimiento numerosísimo. Chirac afirmaba en 1885 que, en el espacio de cinco años, veintinueve individuos o grupos de capitalistas han acaparado cerca de veintiún millones de acres de tierra arable americana, que representa un valor de seis a ocho mil millones.

Por lo que respecta a las minas, la explotación es todavía más espantosa. ¡Qué contraste entre los desgraciados que trabajan por un salario de 3,50 francos¹⁷ a seiscientos pies bajo tierra, en las tinieblas, con una linterna por sol, y los ociosos accionistas que, gracias a los asalariados, contemplan cómo se duplica, triplica o cuadruplica el valor de sus acciones! Un fajo de papeles que han pasado de mano en mano, da al primer capitalista la propiedad del subsuelo y de los que lo cavan, de su libertad, de sus músculos y de su sudor. ¡Y este rebaño, obligado a trabajar hasta el límite de las fuerzas humanas para no morir de hambre, ignorando la riqueza de lo que produce, ni aún conoce el hombre de sus amos!

Sin haber envejecido leyendo gruesos volúmenes, o manuales de economía, ¿no es una idea muy sencilla pensar que estas riquezas increadas, preexistentes a la humanidad, suelo y subsuelo, no pueden ser el patrimonio de unos pocos, como no pueden serlo el océano, el aire y la luz del sol?

17 Es el precio medio de un minero.

En cuanto a las riquezas creadas por el hombre, hoy tan abundantes, que todos podrían sin temor disfrutarlas¹⁸ si hubiera de tener una clase de poseedores *inmediatos*, ¿no sería ésta la clase de los productores?

La máquina –y esta palabra se extiende a sus más diversas propiedades, desde el buque hasta el arado– no puede, mientras provea de útil producción a la humanidad entera, ser el monopolio de algunos individuos. Sin embargo, sería aventurado creer que será la propiedad inmediata de todos. Con sus complicadísimas combinaciones de difícil manejo no podrían, sin grandes peligros o desventajas, dejarse a la disposición del que primero llegara. Las máquinas parece que deben ser, por lo menos en los comienzos de la próxima transformación económica, propiedad no individual, ni absolutamente común, sino colectiva, perteneciendo a los grupos que las harán funcionar.

Lo mismo que el campo, la mina o los útiles, la *idea* es un capital –el más importante de todos– que debe ser universalizado en provecho de la masa. Instrucción, invenciones, descubrimientos, todo esto tiene un fin social y resume el trabajo colectivo de los contemporáneos y de las

18 La estadística oficial demuestra que existen cerca de tres veces más productos manufacturados y dos veces y media más productos agrícolas de los que se consumen. La estadística es la que cortado la querrela entre comunistas y colectivistas. Por otra parte, aun concediendo a las indicaciones de la estadística más que un valor aproximado, es innegable que, más aún que la abundancia de los productos, existe la capacidad casi ilimitada de producción. Por prolífica, que sea la raza humana, todos sus hijos tendrán asegurada la subsistencia y el bienestar material.

generaciones precedentes. Los Pascal, descubriendo esta serie de teoremas de geometría, sin haber recibido de un maestro los necesarios estudios elementales de esta ciencia, forman una excepción, y todavía sin el auxilio de otros, sus descubrimientos no pueden tener ninguna aplicación. Las más audaces concepciones de esos genios llamados Copérnico, Kepler, Galileo, Newton o Laplace, se basan sobre trabajos algunas veces brillantísimos, frecuentemente modestos, de una muchedumbre de otros hombres que les precedieron. ¿Qué sería la locomotora sin el forjador, el fundidor, el minero, el fogonero, el mecánico? Los ingenieros que construyen puentes y abren istmos, ¿habrían llegado a concebir y ejecutar esas obras gigantescas, cuya gloria disfrutaban ellos solos, sin el concurso del cantero, del albañil, del carpintero, de todos los oscuros obreros manuales, y sin el maestro que les enseñó antes la geometría y el álgebra?

La propiedad intelectual, que hay necesidad de defender con encarnizamiento, en un ambiente de monopolio y explotación donde el pobre de ingenio está a merced del rico ignorante, no tiene ya razón de existir en una sociedad comunista anarquista, pues caerá inmediatamente bajo el dominio público. Los inventores, hasta ahora engañados, burlados y explotados por los capitalistas, no perderán nada. Gozarán la alegría de ver realizadas sus iniciativas y utilizados sus esfuerzos; asistirán con un legítimo orgullo al desenvolvimiento de su obra los mismos que en nuestros días son quizá pospuestos por los celos de unos y el rutinarismo de otros. La universalización de la propiedad intelectual no impedirá la admiración hacia el genio, admiración necesaria para estimular las iniciativas y mucho

más legítimas por cuanto en una sociedad en que todo el bienestar posible estará al alcance de todos, este sentimiento no creará a unos pocos una situación privilegiada. La armonía social, por otra parte, no podrá ser turbada por la eterna causa de ambiciones, de conflictos y de crímenes: el oro.

El numerario, bajo todas sus formas; moneda, billetes, cheques, efectos comerciales, etcétera, no tiene más que un valor representativo, no es más que un instrumento de producción. En una sociedad abundante de productos puestos al alcance de todos, el dinero será una cosa inútil, porque las condiciones del cambio se habrán modificado profundamente. Verdaderamente no es ya el cambio –excepto en algunos pueblos que vivan bajo un régimen económico diferente–, es una circulación no interrumpida, producción y consumo, reglamentada por la necesidad y convenientemente precisada en la estadística. Sin dinero, sin bonos de trabajo, los miembros de la sociedad, a la vez productores y consumidores, adquieren libremente lo que necesitan, sabiendo perfectamente que la producción será siempre superior al consumo. El numerario, despreciado durante la violenta crisis que precederá al establecimiento de una sociedad comunista en la que cada cual tomará según sus necesidades; utilizado al día siguiente de la revolución, no es, pues, un capital socializable. Querer sostener su valor ficticio sería provocar, más o menos tarde, el establecimiento del salario y de la desigualdad actual.

En efecto, nada impediría que los más económicos o los más aptos para el trabajo transmitieran a sus hijos (secretamente, si estaba la herencia suprimida) el dinero que hubieran adquirido

legítimamente por la retribución de su concurso de producción, mientras que los hijos de un enfermo o de un holgazán, no poseyendo nada, se convertirían en criados de los primeros para ganar con qué satisfacer sus necesidades o sus caprichos. Al final de muchas generaciones, la explotación capitalista habría reaparecido con todas sus consecuencias. Tal sistema no es compatible con el comunismo. Si los instrumentos de producción y la riqueza social son de todos, no hay necesidad de numerario.

La pequeña propiedad que, aplastada fatalmente por la grande, engendra la miseria material, produce como corolario la miseria moral. Que se estudien las costumbres de los pequeños patronos, de los pequeños comerciantes, de los tenderos, y se encontrará casi en todo el relajamiento moral, la sórdida concupiscencia, la desconfianza, el egoísmo más brutal; y todo esto se concibe: son esclavos de su situación. Reducidos por sus poderosos competidores a una lucha imposible, no tienen más que una finalidad: el despojar a los que caen entre sus manos y explotar sin piedad a los desdichados. Faltos de todo sentimiento por el odio a la competencia extranjera, reclaman con pasión el exterminio de los pueblos. Reaccionarios recalcitrantes, sostienen el gobierno, sea el que fuere: Luis Felipe, Napoleón III o la república. Estas gentes, refluidas poco a poco en el proletariado, son los más temibles enemigos del socialismo. En el momento de la revolución lucrarán más que los habituados a la miseria; no tendrán otro estímulo que el deseo de reconquistar su bienestar general¹⁹;

19 Los que hicieron temblar a Roma con Espartaco no eran esclavos

pero entonces será necesario desconfiar, salirles al paso, porque fundamentalmente enemigos del comunismo, no tendrán más que un solo pensamiento: derribar a los grandes propietarios y los grandes industriales, no en provecho de todos sino para sustituirlos.

Por todas partes está escrita con lágrimas y con sangre la historia de la propiedad. Verdadero monstruo, no se limita a los objetos inanimados, sino que comprende a los seres razonables, pensantes y sufrientes. La esclavitud, el servilismo, el derecho de muerte de los patriarcas y jefes de familia latinos sobre sus hijos, fueron formas de la propiedad. Y si el código francés, inspirado en el derecho romano, declara menor a la mujer subordinándola al marido, *debiéndole obediencia*, no hace más que sancionar la posesión del ser débil por el fuerte.

En resumen: después de haberse modificado hasta lo infinito, por el transcurso de los siglos y según los medios, la propiedad, en su forma presente, el acaparamiento individual no responde ya a las necesidades sociales, a las aspiraciones de las masas. Tres formas se dibujan y aparecen destinadas a prevalecer al día siguiente de la revolución social:

- La propiedad común o universal, extendiéndose a las fuentes naturales de producción (tierra, minas, aguas), y comprendiendo el *capital idea* (instrucción, inventos, descubrimientos)

acostumbrados a la servidumbre desde su nacimiento, sino prisioneros bárbaros privados recientemente de su libertad y muy decididos a reconquistarla.

- La propiedad colectiva, abrazando la posesión de los instrumentos industriales para las agrupaciones obreras.
- La propiedad individual, afecta a los objetos de uso personal²⁰.

Es evidente que, si la justicia y el interés público reclaman que las fuentes de riqueza estén a disposición de la sociedad entera, existe una especie de sociedad privada que conviene respetar en absoluto, so pena de desconocer toda libertad y provocar conflictos, y ésta es la propiedad de las cosas que sirven al individuo para sus necesidades particulares. Arrebatarse el pan o el traje a alguien, sería un acto inconcebible, tanto más cuanto que ni pan ni ropas faltarán en los almacenes generales, en los que los consumidores encontrarán la satisfacción de sus necesidades.

El comunismo comenzará sencillamente por la socialización de los medios de producción; entrando poco a poco en las costumbres, multiplicará la circulación de los productos, pasando de mano en mano, hasta el punto de que la propiedad individual llegará a estar, en cierto modo, por todas partes y en ninguna parte.

20 Á este género de propiedad pertenece la de los objetos a los cuales va unido un recuerdo de familia o de amistad. Esta propiedad es la sola cuya transmisión puede sostenerse razonablemente, y en 1869 el congreso de Bale de la Asociación Internacional de los Trabajadores decretó la abolición de la herencia bajo todas sus formas, excepto la forma sentimental.

V. PRODUCCIÓN-CONSUMO-CAMBIO

El comunismo-anarquista, generalizando la riqueza, entraña la supresión del dinero haciéndolo inútil. El numerario, fuente inagotable de desigualdades, no tendrá razón de ser, porque todos los miembros de la sociedad, concurriendo a la producción, podrán con este título alcanzar cuanto les sea necesario en los almacenes generales, en los que se acumularán los productos de la naturaleza y de la industria.

Todos los comunistas han adoptado la idea de estos establecimientos, muy parecidos a nuestros grandes almacenes. Los autoritarios los conciben funcionando bajo la tutela del estado con una administración muy complicada, entregando los productos a cambio de bonos de trabajo.

Los anarquistas partidarios de la producción, según las fuerzas del individuo y del consumo según sus necesidades²¹,

21 La fórmula *producir según sus fuerzas y consumir según sus necesidades*, de la que se sirven los comunistas anarquistas, no refleja exactamente su pensamiento. Si quieren asegurar al hombre toda su autonomía, deben dejarle en libertad para que trabaje, no según su *poder*, sino según su *deseo*. Por otra parte,

preconizan que los trabajadores tomen con tasa lo que les sea necesario; los bonos de trabajo, lo mismo que el dinero, quedarán suprimidos; sin embargo, es indispensable una contabilidad muy sencilla, es verdad, para estar al corriente de la producción y de las necesidades del consumo. Ciertamente sería muy claro imaginarse que el valor convencional del numerario podrá ser anulado *ex abrupto* por decreto de un gobierno o por decisión de una parte del pueblo.

El dinero se *extinguirá* poco a poco a medida que aumente la producción; desaparecerá porque no será útil a nadie siendo de todos: será para los productos de todas clases como esos frutos de las regiones tropicales, tan abundantes, que los habitantes los regalan en lugar de venderlos.

Sin embargo, no sería menos cándido imaginarse que el comunismo se establecerá idénticamente en todas partes al día siguiente de la revolución social.

La forma económica se determinará sobre todo por el espíritu y las costumbres de los pueblos. Los latinos serán arrastrados rápidamente por la corriente libertaria: los alemanes se detendrán un lapso de tiempo muy largo en el

como la socialización de los útiles nos conducirá lógicamente a la reducción de horas del trabajo, el mismo tiempo que experimentará la producción un enorme crecimiento, poco importará que tal día un individuo abandone su tarea si vuelve al otro día o a los días siguientes. Además, ¿cómo se podrá determinar exactamente las fuerzas y necesidades de cada uno? Lo mejor será confiarse a los mismos individuos, quienes, ciertamente, no abandonarán la labor, porque trabajarán para ellos y no para parásitos, y no acapararán más productos de los que necesiten si tienen la seguridad de encontrar al día siguiente.

colectivismo, y no cabe duda que, esta diferencia de organización contribuirá a retardar la fusión completa de las razas.

Es evidente que, viviendo las naciones bajo formas sociales sensiblemente distintas, tendrán que adoptarse procedimientos convencionales para reglamentar el cambio de sus productos. En una palabra, el comunismo podrá existir entre grupos o municipios de una misma región, pero será el colectivismo o el comunismo reglamentario o restringido el que al principio regulará las relaciones de las naciones entre sí.

La diversidad de productos en los distintos países contribuirá por mucho a este estado de cosas: antes de procurar a las necesidades de pueblos muy lejanos, se asegurará la satisfacción de las necesidades locales. La India y los Estados Unidos no podrán exportar sus algodones, Rusia sus trigos, Francia sus vinos, sin tener en cuenta las indicaciones de la estadística. Sin embargo, este estado será de breve duración; la socialización de las fuerzas productoras dará un vuelo prodigioso a todas las ramas de la actividad humana. Trabajando directamente por su cuenta, los hombres se esforzarán por aumentar su bienestar, los inventos y los perfeccionamientos se multiplicarán, mientras que el empleo de las máquinas, suprimiendo de día en día la fatiga muscular, convertirá el trabajo en una simple vigilancia o en un agradable ejercicio.

Los socialistas autoritarios que sacrifican la libertad del individuo a la regularidad del engranaje social, sueñan en

transformar todas las ramas de la actividad humana en *servicios públicos*, funcionando bajo tutela del gobierno. Servicios públicos; la higiene, la enseñanza, los correos, caminos y canales, la farmacia, la perfumería, el telégrafo, la panadería, la carnicería, la imprenta, el amueblamiento, etc.

El más grande inconveniente de este sistema es que creará un innumerable ejército de funcionarios que recibirán su impulsión de un solo motor, el cual poseerá un poder formidable. Este motor-estado, regulando la producción y el consumo, uniendo el poder económico al poder político, unificando poco a poco la vida de todos los miembros del cuerpo social, acabará por absorber toda iniciativa privada, por aniquilar toda libertad, será el comunismo de cuartel, trasformando en autómatas a los productores consumidores, y sin embargo, la regularidad de los servicios públicos sería aún más aparente que real.

El Estado, este amo ciego porque es demasiado poderoso, sería como hoy omnisciente; en fuerza de dirigir todos los servicios, acabaría por abandonarlos y enredarlos; quien mucho abarca, poco aprieta. Una multitud de intereses locales, más o menos alejados, permanecerían olvidados y desconocidos.

Por el contrario, dejando a las diferentes agrupaciones desarrollarse y obrar según su especialidad se llegaría, después de vencidas las dificultades inherentes a toda obra que comienza, a un funcionamiento más rápido. Las obras emprendidas actualmente por empresas particulares, ¿no se

ejecutan tan bien como las que el Estado administra, y no se ejecutarán mucho mejor cuando haya concordancia de intereses y perfecta igualdad entre los miembros de la asociación? ¿Se cesará de levantar puentes, perforar túneles, abrir istmos, cuando los forjadores, los albañiles y los mecánicos encuentren las mismas ventajas que los ingenieros, beneficiándose directamente de su tarea, así como los otros miembros del cuerpo social, en lugar de enriquecer mediante salarios escandalosamente desiguales, a ociosos accionistas? La ausencia de esta jerarquía inherente a todas las administraciones del estado es, por el contrario, un estímulo para desarrollar el espíritu de iniciativa que tanto se esfuerzan en aniquilar en las oficinas los jefes, subjefes, registradores, inspectores, altos empleados, etcétera; pequeños autócratas para los cuales la rutina y la *forma* son el todo.

Otros socialistas autoritarios vergonzosos, no atreviéndose a preconizar abiertamente la conservación de la máquina gubernamental, declaran que en la sociedad futura el poder permanecerá solamente a las comisiones técnicas y de estadística, regulando la producción, el consumo y el cambio: un gobierno anodino, casi nulo, si se les escucha. En realidad, estas comisiones, rigiendo las agrupaciones obreras en vez de funcionar a título de organismos consultivos, serán dueñas de un formidable poder. Sería resucitar el patronato con mayor bienestar, pero con una suma más grande de esclavitud; la sujeción moral sería permanente: el obrero que hoy puede abandonar al amo, no sabría en esta nueva sociedad sustraerse un instante a la autoridad del patrono del Estado. El Estado, sea cual fuera su forma, sea cual fuere su nombre, es siempre

una institución fundada sobre la dependencia de la masa a voluntad de una minoría.

¿Es esto decir que la producción deberá ser absolutamente irregular, desordenada, convirtiéndose el consumo en despilfarro y realizándose el cambio con los pueblos que viven bajo un régimen económico diferente, al azar y sin método? Si este grave error adquiriera crédito, daría lugar a grandes decepciones. Los anarquistas no niegan de ningún modo la necesidad de la estadística: lo que no quieren es que ésta sirva de pretexto para la instauración de un poder disfrazado.

Abolición del gobierno no quiere decir desorganización, aislamiento del individuo. Es preciso no confundir la autoridad con la organización²²; es verdad que ciertos anarquistas, por odio o por miedo a la autoridad, han llegado a negar toda organización, diciendo, no sin verosimilitud, que no es siempre fácil determinar dónde acaba la organización y dónde comienza la autoridad. Pero esto es llevar las cosas a un extremo peligroso; la organización es la condición indispensable de todo desenvolvimiento, de todo progreso, siendo sólo necesario que en vez de reposar sobre la autoridad de uno o de algunos, se base sobre el acuerdo mutuo, de modo que se deje a cada uno la mayor libertad posible. Las sociedades, las corporaciones, que se multiplican de día en día y que sin la gerencia del estado, o a pesar de ella, viven con vida propia, nos ofrecen de un modo rudimentario la imagen

22 Así como la organización impuesta por un individuo o una casta es aborrecible, así como la organización elaborada y admitida por todos es justa, lógica y necesaria.

de lo que será la sociedad del mañana.

El hombre es, sobre todo, un ser social, y el espíritu de asociación, desarrollado desde los comienzos del siglo XIX, acabará con ese poder central que se introduce hasta en los actos de nuestra vida privada, nos espía, nos amordaza y nos veja, y que hoy une a lo odioso del autoritarismo lo ridículo de la caducidad.

El temor de ver al hombre dueño de tomar cuanto necesite para su existencia, condenándose al asilamiento, a lo paria, para no aportar su parte de trabajo a la sociedad, es muy exagerado. Por otra parte, aunque lo sea en un individuo aislado, no lo es en las asociaciones en que existe el examen, el espíritu de la asociación.

En resumen: autonomía del hombre en el seno de la agrupación, autonomía de la agrupación; en el seno del municipio²³, ciudad o capital; autonomía de los municipios, federándose por regiones, según las necesidades de la producción y del consumo; unión de los pueblos, que aproximados por naturales afinidades, llegarán progresivamente a fundirse en la única patria humana: he aquí el ideal social de los anarquistas.

23 Se trata, no del municipio político aplastado por el estado o gobernado despóticamente por un consejo municipal. El municipio comunista, del que nosotros hablamos, es el conjunto de las agrupaciones existentes sobre una cierta proporción de territorios: este será un organismo social intermediario entre la agrupación y la federación regional.

VI. LAS PASIONES

En una ciudad libre, viviendo sin amos y sin leyes, borrados los prejuicios, en una palabra, asegurando al individuo la mayor suma de independencia, los más grandes peligros serían, al decir de algunos, las rupturas del equilibrio moral, las llamadas pasiones. Un gran número de socialistas autoritarios ven en esto el escollo de la anarquía.

Examinemos el argumento, merece la pena.

Es un *cliché* viejo, puesto a la moda por el cristianismo y adoptado por la hipocresía burguesa, declarar contra el fuego de las viles pasiones que arrastran al hombre, haciéndolas perder, al mismo tiempo que la sabiduría –¡esa dulce sabiduría que consiste en obedecer y resignarse!–, la tranquilidad y la dicha. Sí; las pasiones perturban la vida, engendran desdichas, y sin embargo, son un poderoso elemento del progreso. Todo mejoramiento social procede de una lucha contra el pasado, y esta lucha jamás la han sostenido aquellos cuyos sentidos perfectamente equilibrados se acomodan sin resistencia al

medio en que viven. Estos son los seres sensatos para quienes este es el mejor de los mundos posibles. Intentar la modificación de las ideas heredadas de las instituciones establecidas, es para ellos obra de locos ¡Locos Sócrates, Cayo y Tiberio Grasco, Wicleff, Colón, Marat, Cloutz, Babeuf, Fulton, Blanqui, Garibaldi, Darwin, Reclús, Luisa Michel! ¿Quiénes son entonces los sabios? Sin embargo, transcurren los años, y gracias al empuje de estos locos, la vida social va mejorando; el círculo de los descubrimientos y de los dominios se ha agrandado, y el burgués, luchando encarnizadamente contra los innovadores de su época, erige estatuas a quienes hubiera hecho quemar vivos si hubieran vivido en su tiempo.

La pasión por la libertad hizo a los griegos vencedores de Asia; la pasión del odio creó un Aníbal; la pasión por las aventuras creó a Hernán Cortes, Pizarro, Magallanes, Cook, toda esa serie de conquistadores y grandes navegantes; la pasión de la ciencia hizo a Galileo; la pasión del amor inspiró a Dante, a Petrarca y al Tasso; la pasión de la justicia creó a John Brown, quien murió por la emancipación de los negros.

¿Conoce verdaderamente la existencia el que jamás ha sentido latir sus arterias, dilatarse su corazón, agrandarse su vida ante la idea de conquistar a una mujer, de aplastar a un opresor a la naturaleza o la ciencia? Este ser amorfo, áfono, viscoso, frío, sin experimentar más que blandas sanciones, trazado durante toda su vida una línea recta, ¿es verdaderamente hombre? Tres palabras bastan para desnudar a un burgués: cobardía, egoísmo, hipocresía. Una sola para vestirlo; advenedizo. Mientras existan papanatas atacarán con

su odio de pigmeos a los que sienten grandes pasiones, grandes ideales que turban su reposo y hacen llegar los cambios.

¿A quien se dirigen el orador, el general, el tribuno, el artista? A la pasión.

Suprimid este gran motor y la humanidad se hundirá en las tinieblas.

Las pasiones son, pues, por ellas mismas, una cosa noble y útil; si en la sociedad actual conducen al hombre a extravíos monstruosos algunas veces, es porque, contrariadas a cada instante en vuelo por convencionalismos y reglamentación antinaturales, se falsean y se depravan. En una sociedad basada sobre la libertad individual, la igualdad social y la armonía de los intereses, no ocurrirá así. ¿Quién puede afirmar que Pranzini en otro medio no hubiera sido un hombre muy útil poniendo al servicio de todos sus notables facultades de asimilación? Cartouche y Mandrin²⁴, sin el oro que los seducía y las leyes que dan las funciones del nacimiento al azar e inutilizan los talentos, ¿no hubiese sido los Hoches y los Garibaldi de su época? Arrojad a Washington entre un pueblo envilecido, bastardeado por el bizantinismo parlamentario y los prejuicios, y tendréis a un Boulanger. Una sociedad en la que el oro no existe y en la que todos es de todos, suprime la avaricia. Una sociedad en la que todos son libres e iguales, suprime, o por los menos atenúa mucho, las rivalidades y el orgullo. La

24 Famosos jefes bandoleros.

cólera, más noble ciertamente que la resignación cristiana, no tendrá que emplearse sublevando a los oprimidos contra los tiranos, el deseo de luchar se convertirá en una actividad puesta al servicio del bienestar general.

La caída del régimen económico y de las caducas instituciones que subsisten actualmente en los pueblos de Europa y América, realizará toda una transformación en el orden psicológico.

Existe, sin embargo, un sentimiento que, más intenso que los otros, es menos susceptible de quebrantarse por las modificaciones sociales. Este sentimiento, al que debemos nuestras más grandes alegrías y nuestros más grandes dolores, es el amor, o por mejor decir, la codicia sexual –el amor, aun bajo su forma menos brutal, no es más que el refinamiento de una necesidad fisiológica.

Verdaderamente, la libertad absoluta de las uniones es una poderosa causa de armonía. ¡Qué de desesperaciones, qué de crímenes evitados!

Pero la disputa de una misma mujer por dos o más rivales es un caso a prever, pues la preferencia dada por ella a cualquiera de sus enamorados puede, en una sociedad anarquista como en una sociedad burguesa causar graves conflictos. ¿Serán conflictos más peligrosos para el cuerpo social cuando no existan leyes y jueces para castigarlos? No, porque no serán más que casos aislados, lamentables sin duda, pero que todas las leyes y todos los jueces del mundo no sabrían prevenir.

¿Actualmente los códigos y los gendarmes pueden impedir que un celoso se vengue de una mujer infiel? De ningún modo. A lo sumo determinarán en él el empleo de la precaución para burlar el castigo legal, pero no por eso el acto habrá dejado de cometerse.

Mejor es prevenir que castigar: el verdadero remedio consiste en una educación basada sobre el respeto a la libertad individual. La educación y el medio hacen al hombre; la Historia entera es la mejor prueba. Si la educación cristiana ha hecho soportar durante once siglos a cien millones de hombres el yugo de la edad media, la educación anarquista sabrá sin curas, sin jueces, sin gendarmes, hacer que reine la verdadera armonía social.

VII. JUSTICIA Y RESPONSABILIDAD

Dos fuerzas frecuentemente antagónicas obran sobre el hombre: una, la hereditaria, tiende a inmovilizarlo en el pasado; otra, la influencia del medio, le adapta a nuevas y cambiantes formas.

¡Ciego está quien desconozca el hecho del atavismo! ¿No nos sorprendemos a cada instante reproduciendo involuntariamente tal gesto o tal actitud de nuestros padres sin haber pretendido jamás imitarlos? ¿Tal niño no resulta el retrato sorprendente de un lejano antepasado? Finalmente, en los países poblados por habitantes de distintos colores, ¿no ocurre que una mujer blanca, casada con un cuarentón, por ejemplo, da vida a un niño negro, reproduciendo el tipo de algún antepasado paterno? Citamos este ejemplo de regresión atávica porque es el más sorprendente.

La embriología nos demuestra que el ser humano, durante el curso de sus nueve meses de vida intrauterina, presenta sucesivamente todas las formas de las especies animales, del

que por un largo proceso, se ha producido nuestra especie. El espermatozoide se convierte en gusano, en pez, en renacuajo, en cuadrúpedo, en mamífero y, finalmente, en hijo del hombre.

Una vez nacido a la vida terrestre, la evolución insensiblemente se prosigue, pero contrariada o acelerada por las condiciones ambientales y la fuerza de resistencia o de adaptación de los individuos. Cuando el ambiente es favorable, llegan a despojarse de antepasadas groserías y a aparecer en un medio de seres más abruptos, como los precursores de un tipo humano más altamente cerebral que el tipo actual. Otros, por el contrario, sufren estancamiento en su desarrollo o una regresión. Desprovistos de armas o de fuerzas para luchar contra un medio deletéreo, regresan a la bestia primitiva hasta el extremo de que parece que van a rugir y a caminar a cuatro patas.

¡Cuántos también, bajo el aspecto humano más refinado y engañoso, han permanecido como verdaderos brutos!

El hombre no ha nacido bueno como afirman, a despecho de toda demostración, algunos optimistas. Aunque descendiente de seres más primitivos, no es por esto tampoco esencialmente malo. Es, por encima de todo, modificable.

Por consecuencia las represiones draconianas no sólo son impotentes para desmovilizar, sino que no tienen razón de ser.

Los espiritualistas pierden el tiempo predicando la

independencia del alma y el libre albedrío. Las personas sensatas se encogen de hombros. ¿Qué significa esta alma independiente que balbucea en el niño, tiene su fuerza en el adulto y se extingue en el viejo? ¿Qué significa ese libre albedrío que una enfermedad puede vencer, que un vaso de vino puede hacer divagar y que una taza de café exalta?

Como se ha dicho con gran acierto, la creencia en el libre albedrío no es más que la ignorancia de las causas primeras que nos hacen obrar. Un hombre encuentra en un lugar aislado a un niño indefenso; se arroja sobre él y lo mata. No considerando más que la atrocidad del hecho, doce jurados, padres de familia, envían al hombre al patíbulo o al presidio.

Está admitido que el tigre mate, por razón de su estructura fisiológica, que le condena a comer carne en vez de vegetales, y la estructura de su cerebro, deprimido en la faz y abultado en las sienas y el occipucio.

Se admite que el tiburón, armado de formidables mandíbulas y dotado de un robusto estómago, tenga diferentes instintos que los del indefenso delfín. ¡Y esta fatalidad, admitida para los animales, se le niega al hombre!

No hay medio al azar o fatalidad en su verdadero sentido; es decir, el encadenamiento lógico de las cosas.

El universo forma un todo, cuyas partes obran unas sobre otras; el menor movimiento atómico tiene su repercusión en el infinito.

Sobre las elevadas mesetas de los ventisqueros suizos, el más débil sonido, conmoviendo las ondas aéreas, puede determinar la caída de un copo de nieve que, arrastrado y confundiendo masas cada vez más considerables, acaba por sepultar aldeas enteras bajo su formidable avalancha.

Así pues, una simple emisión de las cuerdas vocales, y no al azar, tendrá por resultado la muerte de muchas personas.

El azar es el absurdo ideado de los efectos sin causa. Podrá convenir a los ignorantes, pero la ciencia lo repudia. «Dichoso el que pueda conocer el porqué de las cosas», exclamó Virgilio hace mil ochocientos años. Para conocer esto, es por lo que la inteligencia humana multiplica sus esfuerzos.

Pero la pregunta que se ha dirigido a las fuerzas que rigen la materia bruta se teme dirigirla al espíritu humano.

El alma, de esencia divina, dicen los espíritus, domina a la materia, que nada puede hacer sin su orden. Consecuencia lógica: si la materia es salvada de por sí, el abrazo pesado y ardorosa la sangre, es el alma la responsable, y para corregirla se la suprime.

¡Y si no se suprimiera más que esta abstracción, el alma, el daño no sería muy grande; pero al mismo tiempo de un solo golpe se suprime algo mucho más real: la vida!

«Cuando el brazo flaquea, se castiga la cabeza», ha dicho el viejo Corneille.

¿Con qué derecho se condena a los esbirros de la edad media, cuando la actual civilización sostiene aún al verdugo?

Las penalidades son impotentes para proteger a la sociedad contra actos que no son imputables a sus autores, porque los determinan causas fisiológicas o sociales.

¿Por qué los atentados contra las personas son más frecuentes en el verano que en el invierno? Porque la sangre circula con más calor y el sistema nervioso resulta más impresionable. Esta innegable influencia del clima hace que los meridionales, italianos, españoles, portugueses, griegos, árabes, americanos del sur, resuelvan sus querellas con arma blanca.

¿Por qué los atentados contra la propiedad son más frecuentes en invierno que en verano? Porque sometidos, como todos los animales, a las leyes de la conservación, el hombre en esta época, más que en otra, necesita un refugio, ropas para abrigarse, alimento para reanimar la circulación de la sangre aletargada por el frío, y la naturaleza le obliga a apoderarse, bajo pena de morir, de lo que la madrastra sociedad le niega.

Ahora bien; si las penalidades son impotentes para reprimir estos actos, si sobre todo se advierte que los que los cometen no son más que máquinas que se mueven en virtud de causas más o menos aparentes, superiores a su voluntad, es evidente que una sociedad basada sobre la justicia y el interés bien entendido, se apresurará a suprimir el verdugo, las cárceles, los

carceleros.

«Pero ¿Qué haréis del derecho de defensa? –gritan los adversarios de la anarquía– ¿Cómo daréis a la sociedad los medios para protegerse?»

Desde el momento que los actos antisociales los determinan causas más poderosas que las leyes, no existe más que un medio real para prevenirlos, y es atacar esas causas.

Cuando la propiedad se haya universalizado y sea común, desaparecerán los ataques a la propiedad: nadie se roba a sí mismo.

Cuando las causas de los conflictos, jerarquía, despotismo, explotación, ignorancia, hayan desaparecido, los atentados contra las personas serán más raros. Sólo serán criminales los desgraciados víctimas de una organización cerebral defectuosa, y esto no es una cuestión de códigos, sino de patología. La verdadera conducta que hay que seguir con ellos es educarlos con abnegación²⁵, no encarcelarlos o cortarles la cabeza.

25 Mientras que la mecánica, la física, la química y la cirugía han realizado verdaderos prodigios, la medicina ha quedado estacionaria o poco menos. Todo conduce a creer que, rompiendo con la rutina y ayudándonos con las demás ciencias, hará en el presente siglo inmensos progresos. No es aventurado afirmar que si hoy se pueden reemplazar órganos ausentes y sostener artificialmente las funciones vitales, se podrá con la ayuda de la ciencia, moral y fisiológicamente, reconstruir al hombre.

VIII. INSTRUCCIÓN Y EDUCACIÓN

Existe, sin embargo, una rama que, aun en la sociedad más libertaria, exige una determinada suma de autoridad, y es la instrucción.

Ciertamente se abolirán los sistemas pedagógicos que reposan sobre la base de castigos corporales y amenazas terroríficas que torturan el cerebro y fatigan y abruma; pero no resulta de aquí que toda autoridad debe ser suprimida en las relaciones de los profesores con los alumnos, y que se puede conceder a niños ignorantes de todo, la misma libertad ilimitada que a los hombres formales.

El verdadero precursor de la anarquía, Bakunin, dice que a los niños se les debe someter a disciplina, más atenuada a medida que avanza en edad. De este modo, cuando lleguen a la adolescencia, no encontrarán en sus maestros más que amigos y consejeros.

Esta racional progresión es la que ha señalado las fases de la existencia de los pueblos. Sometidos en su infancia al despotismo absoluto de la fuerza, se emancipan poco a poco,

obtienen garantías y constitucionales que mañana despreciaran hallándolas insuficientes. El derecho electivo remplazará el derecho hereditario, y muy pronto la lección misma será juzgada incompatible con la autonomía de todos. El poder impuesto o consentido desaparecerá.

La humanidad es, en efecto, un hombre que se perfecciona siempre y que jamás muere. El hombre es un resumen de la humanidad.

Es preciso no confundir la instrucción y la educación: esta última, que es la asimilación de las costumbres sociales, debe inspirarse en el más grande principio de libertad. La instrucción, al contrario, como enseñanza de útiles conocimientos, pero áridos generalmente, supone un plan, un método que, por intenso que sea su atractivo, siempre será autoritario²⁶. Creemos inútil que nunca lo será tanto como ahora.

La enseñanza universitaria, en la que se pierde un tiempo precioso estudiando las leguas muertas que encarnan la historia de los hechos y gestos de los soberanos, suministrando frecuentemente datos y fechas inexactas, que embotan los cerebros, aun no desarrollados, de matemáticas aprendidas en

26 Infinitamente menos que hoy, es cierto, pero autoritario en el sentido de que el alumno no podrá ser abandonado a si mismo. Habiéndose despertado en él las iniciativas, es el profesor quien ha de examinarlas y guiarlas hacia el fin, que él conoce y que los discípulos ignoran. Es esto lo que parece demostrar una tentativa de enseñanza *sin autoridad* hecha en Yasaia Polonia (Rusia), bajo los auspicios de León Tolstoi, y que ha dado resultados excelentes en ciertos ramos y negativos en otros.

el libro o sobre la negra pizarra y no en la práctica diaria, esta enseñanza esta, desde hace mucho tiempo y a pesar de las pseudo-reformas introducidas, condenada por todos los espíritus cultos.

Resulta preferible la instrucción que se da en las escuelas profesionales. Es menos brillante, pero más sólida, perdiéndose menos tiempo en el estudio de fórmulas latinas o matemáticas inaplicables.

Sin embargo, hay que convenir en que esto no es más que un bosquejo de lo que será la educación del porvenir.

El *internado*, fórmula de reclusión que tiene al alumno en la ignorancia del mundo exterior, se abolirá; los estudios serán lo más atractivos posible y estimulados insensiblemente en las horas de recreo; se sostendrá la emulación empleando distintos sistemas al de los castigos; se aprenderá la historia en la vida de los pueblos y no en la de los reyes; se enseñarán las lenguas vivas con preferencia a las muertas, y estas últimas aprendidas en sus raíces, en su mecanismo, no ya al través de podridos libracos de autores momificados en la noche de los siglos; las matemáticas serán enseñadas insensiblemente y de un modo práctico durante los momentos de distracción y de paseo; la geología será aprendida sobre el terreno, practicando diversas excursiones; la mecánica será enseñada en el taller con más frecuencia que en las tablas; los ejercicios corporales se harán paralelos a los estudios técnicos, y por fin, como coronación, se enseñara filosofía experimental, sintetizando todas las ciencias e iluminando a la humanidad en su marcha

ininterrumpida hacia el progreso indefinido.

Estas son, a grandes rasgos, las bases de la nueva enseñanza²⁷.

Los Estados Unidos, que no sufren nuestro viejo, barbarismo universitario, producen más ingenieros que nosotros, más físicos, químicos, sabios de ciencia práctica, en una palabra, hombres verdaderamente útiles. Su sistema de enseñanza, puesto enteramente en relación con las modernas tendencias y depurado por el genio de las razas latinas, prevalecerá sobre las pedagogías del pasado.

La educación difiere de la instrucción. Dos individuos igualmente instruidos pueden ser, uno un animal orgulloso y el otro un hombre modesto y servicial.

La educación comienza en la cuna y puede decirse que continúa durante toda la vida, porque el medio social se modifica indefinidamente, y las ideas que se reciben y las costumbres contraídas sufren forzosamente modificaciones. Es evidente que ejercerá menos influencia en un viejo cuyas ideas han echado hondas raíces, aferrado a sus costumbres, que, en un niño de espíritu despierto, de ingenua y confiada

27 Un establecimiento realiza cuanto les es posible este ideal: el de Cempuis, dirigido por un audaz innovador y pedagogo de grandes talentos, Pablo Robín. En Cempuis se ha realizado la coeducación de los sexos. Normal este sistema en los Estados Unidos, pereció abominable en Francia, y este fue una de las razones aparentes de la medida tomada contra el jefe del establecimiento, a quien se le declaró encarnizada guerra hasta que fue trasladado. Esto demuestra una vez más lo difíciles que son, por decir imposibles, las reformas sociales en el medio actual.

imaginación.

La verdadera educación no debe ser la enseñanza de convencionalismos más o menos ridículos y de fórmulas aprendidas sistemáticamente, sino el desenvolvimiento normal de las aptitudes y la adaptación al medio social; o el enderezamiento de propensiones peligrosas legadas por herencia o más bien por desviación, de modo que se las pueda utilizar; porque hay que advertir, aun los defectos, como son orgullo, avaricia, cólera, pueden, orientados de cierto modo, volverse en provecho de los individuos y de la sociedad entera. Debe, sobre, todo, dirigirse a hacer del niño un hombre libre, teniendo conciencia de su libertad, considerando su independencia y el bienestar de sus semejantes.

La primera educación comienza a recibirse por los ojos. Los sentidos despiertan mucho antes que la razón. Importará, pues, que el niño no tenga jamás ante su vista ningún espectáculo degradante, como, por ejemplo, el padre y la madre que se humillan o se maltratan, camaradas golpeados por sus padres, delaciones, aunque sean pueriles, terror ante un peligro real o imaginario.

El amor propio y el espíritu de solidaridad son dos sentimientos que conviene despertar y desenvolver paralelamente en el niño, corrigiendo uno lo que pueda tener de excesivo el otro. Mientras que el cristianismo predica la degradante resignación, *presentar la mejilla izquierda después de haber dado la derecha*, el individuo, viviendo en el seno de una sociedad anarquista, no debe sufrir la menor molestia en

su imprescindible derecho de ser libre. Mientras que la palabra de orden de la burguesía es *cada uno para sí y dios para todos*, bestial egoísmo que no garantiza la digestión de los ahítos contra la turbulencia de los famélicos, la divisa del comunismo es: *todos para uno y uno para todos*.

La curiosidad, que es insoportable cuando se ejerce a costa de otro, dirigida en un sentido científico, será un precioso estímulo para el espíritu de iniciativa. Conducirá a sostener la actividad que los pesimistas temen se extinga en una sociedad en la que los hombres ahítos de bienestar podrán, sin gran suma de trabajo, satisfacer todas sus necesidades.

La emulación, necesaria para mantener el progreso, obrará sobre los niños y los hombres; se alimentará por medio de la satisfacción moral, e igualmente ese otro sentimiento, quizás menos perfecto, pero así y todo necesario: la vanidad. No se puede, pues, bajo pretexto de una estrecha igualdad, destruir toda iniciativa individual y cortar las alas al genio. Si es falso pretender que un sabio tenga derecho a privilegios y distinciones negadas al carpintero o al albañil, la admiración es un sentimiento que no se puede y no se debe proscribir. Admirar los versos de un poeta, las cinceladuras del joyero, las formas de un sastre y los muebles del ebanista, no pueden turbar la paz social ni herir en nada los sentimientos igualitarios.

Con su carácter artístico, la raza latina siente más entusiasmo que otras por las obras atractivas y bellas. La raza sajona, al contrario, da preferencia a la utilidad. Un cuadro admirado por

los franceses lo desdeñarán los americanos, prefiriendo una cosa útil perfeccionada²⁸. De estas distintas tendencias se formará, cuando el comunismo haya internacionalizado los pueblos y fusionado las costumbres, un justo medio, una resultante.

Las razas tienden a equilibrarse. Las cualidades ausentes en unas existen en otras hasta el exceso. Los pueblos latinos están dotados de una vivacidad de sentimientos de que carecen las naciones sajonas, más rígidamente sabias.

¡Qué diferencia entre el flemático inglés y el ardiente napolitano traduciendo todas sus impresiones por medio de gritos, risas y llantos, y con el juego de su movable fisonomía!

Proscribir la pasión, como lo sueñan algunos desenfrenados sectarios, sería proscribir la vida misma, hacer, según la máxima jesuita, del ser humano un cadáver. Ciertamente habrá necesidad, cuando se aproxime la tempestad que barrerá el mundo burgués, de guardarse del sentimentalismo; pero al día siguiente de la crisis el sentimentalismo revivirá. Es una ley natural la que quiere que los excesos contrarios se sucedan antes del restablecimiento del equilibrio. Hasta que la revolución no haya terminado su obra, los campeones de la nueva sociedad tendrán que acorazarse el corazón.

28 Hablando aquí desde el punto de vista de la generalidad y no de algunas excepciones. Los riquísimos burgueses americanos que cubren de oro los lienzos de Meissonnier obedecen, no a un sentimiento artístico, sino a los impulsos de un orgullo de pobre enriquecido. Generalmente dan prueba de ignorancia o de mal gusto.

Frecuentemente, las efusiones de piedad, los desbordamientos intempestivos de ternura, han hecho perder la batalla, conduciendo al proletariado a la matanza, saludado por las aclamaciones de filántropos a lo Julio Simón. Pero después, cuando el bienestar sea general y ya no existan papas, reyes, emperadores ni gobiernos de ninguna clase y las luchas del pasado no sean más que un recuerdo histórico, se experimentará lo bueno que es vivir amándose; y el nuevo estado social conducirá a una explosión de sentimentalismo, pero no de ese sentimentalismo hipócrita que prevaleció durante el siglo XVIII entre las falsas pastoras del Trianón; no ese sentimentalismo bestial que al día siguiente de la victoria supo la burguesía inculcar al pueblo ignorante. Lo que se manifestará entonces en toda su amplitud, será ese sentimiento, más entrevisto hasta ahora que realizado, e irrealizable además en nuestra sociedad podrida: la fraternidad.

IX. DEFENSA SOCIAL; LA ANARQUÍA DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR ²⁹

Si hay un estado absolutamente opuesto a la anarquía –desenvolvimiento libre y pacífico de los individuos– es el estado de guerra, resto de salvajismo de las edades prehistóricas.

Considerada hoy la guerra muy justamente como una plaga, fue el estado normal de los seres humanos cuando apenas desposeídos de la más grosera animalidad, extraños a toda concepción moral y a toda idea burocrática, tuvieron que combatir desesperadamente por el derecho a la vida contra las fieras primero, y después entre ellos. El hombre no es ya «un dios caído que se acuerda de los cielos», como afirma un poeta mentiroso y, las ciencias, que hoy reconstituyen su origen, nos lo muestran señalado sus lentas etapas al través de los siglos,

29 Al aparecer la primera edición de esta obra, este capítulo suscitó vivas controversias en la prensa y las agrupaciones libertarias. Por lo mismo el autor se cree obligado a declarar que ha expuesto ideas puramente personales. Considera, naturalmente, la guerra como una monstruosa antítesis del ideal anarquista; pero ha debido preocuparse del modo que podrían defenderse eficazmente los miembros de una sociedad libertaria (1897).

por la bestialidad, la antropofagia, la esclavitud y el servilismo feudal, a medida que se aleja de su punto de partida, que las masas aprenden a pensar; en una palabra, que la humanidad se constituye, la guerra es menos frecuente y excita más el horror. En nuestros días se reglamenta el derramamiento de sangre, se respeta a los prisioneros de guerra, y a los heridos se les recoge y se les cuida. Ciertamente, las luchas entre las naciones son más sangrientas que lo fueron de tribu a tribu, y si la revolución social no pone orden, las guerras de razas producirán grandes hecatombes; pero si por consecuencia de los incesantes progresos en las máquinas militares y por el mayor número de combatientes, las modernas batallas parecen más terribles³⁰, estos duelos entre pueblos ocurren ahora en intervalos más alejados. La concupiscencia de un jefe, los resentimientos de un rey ya no los suelen ocasionar; hace falta todo un conjunto de causas que invocan con más o menos propiedad los jefes de Estado para justificar la cruel necesidad del derramamiento de sangre.

En otro tiempo, la lucha cuerpo a cuerpo engendraba la estúpida admiración de la fuerza física, elemento suficiente para determinar la victoria. La invención de la artillería fue toda una revolución en el arte de eliminarse; eliminó

30 Más terribles que las luchas de las hordas primitivas mal armadas o que los encuentros de la edad media entre caballeros cubiertos de hierro que apenas podía herirse, pero menos sanguinarias que los choques entre razas que llenan la humanidad: griegos contra persas, latinos contra africanos, cimbrones, teutones, germanos. Entonces la matanza acompañada y seguida después del combate. Así se comprende esos 150.000 hombres muertos en una sola batalla cuando Atila invadió Galia. Hoy la distancia entre los combatientes y la separación de las filas, tienden a neutralizar el efecto de las armas modernas.

progresivamente las pesadas armas defensivas (casco, coraza, escudo), reemplazando los sangrientos pugilatos por sabias combinaciones. Hoy la guerra se ha convertido exclusivamente en una cuestión de cálculo. El tiempo de las cargas de caballería, de los asaltos a la bayoneta y de todos estos procedimientos fantásticamente brillantes, ha pasado; la *furia* es aniquilada por la potencia superior de fuego. El soldado, que ya no prepara su cartucho mordiéndolo, que no cala la bayoneta y que muy pronto no oirá las estampidas de la artillería apagando los quejidos agonizantes, no será excitado por el olor a la pólvora, por el sofocamiento del humo³¹, todo este ardor de combate que le comunica un ficticio poder. Ahora de día en día aborrece más la guerra, y en su fuero interno reirá tristemente de las extravagancias patrióticas de los burgueses.

Los hombres –a mucha costa, es cierto– aprenden a reflexionar. Los perfeccionamientos aportados a las máquinas de matar contribuyen a la propaganda del miedo y del odio a la guerra. Salvo algunos aguerridos veteranos o algunos jóvenes fanáticos educados en la ignorancia de las necesidades de su época, los pueblos suspiran por el momento en que su trabajo no servirá ya para el sostenimiento de esos ejércitos permanentes dispuestos siempre a destrozarse.

A despecho de las reformas, la tropa constituye, en manos de la casta gubernamental, un arma dirigida especialmente contra

31 Con la pólvora sin humo y casi sin detonación empleada hoy por casi todos los ejércitos europeos.

el pueblo. Excelente para fusilar a los huelguistas y meter en cintura a los obreros descontentos, no puede apenas defender el territorio –la historia lo demuestra– sin la cooperación de este mismo pueblo.

El espíritu del ejército, su funcionamiento, su razón de ser en tiempos de guerra, es la marcha siempre hacia delante, la invasión del territorio enemigo, el terror impuesto por medio de los refuerzos de grandes reclutamientos, de ejecuciones sumarísimas, de estados de sitio, de conscripciones. Reducido a la defensiva por una serie de fracasos al principio de una campaña, sufre una profunda herida en su moral, y su organización se resiente por esto no menos que por los golpes del enemigo. La disciplina desaparece con la desconfianza en los jefes, y esto significa ya el fracaso irremediable, a menos que el pueblo no esté pronto a sublevarse contra los invasores, contrarrestando sus movimientos, desconcertando sus planes, cortando su comunicación, permitiendo, en una palabra, a los ejércitos vencidos tomar aliento y reorganizarse para la ofensiva.

El ejército, tal como hoy existe, es una máquina opresiva y costosa para el pueblo. Poco útil para la defensa, y con el cual, frecuentemente, se perpetran verdaderas atrocidades en nombre de la disciplina y del interés general. Es una rueda que ha de suprimirse. Pero ¿se infiere de esto que una sociedad absolutamente libre e igualitaria debe quedarse sin medios de defensa contra las naciones despóticas o bárbaras que la rodean?

Evidentemente, no. De este modo, esperando la época armónica en que la guerra no representará más que un odioso recuerdo del pasado, se puede concebir el armamento general del pueblo como una solución, si no perfecta, al menos preferible al sostenimiento de ejércitos permanentes.

Creada así la nueva fuerza, ¿podría prescindirse de instructores, de cuadros, (digamos la palabra que tanto desentona entre los anarquistas) de jefes? No es esto admisible. Millares y aun millones de combatientes, desparramando confusamente sus esfuerzos, incapaces de ejecutar un movimiento de conjunto, faltos de unidad en la dirección, serían fácilmente vencidos por un número muy inferior de adversarios. Salvo algunos combates en las vanguardias, algunos episodios aislados, golpes de mano, ataque a un convoy o defensa de un desfiladero, la resistencia sería imposible.

Que la guerra sea ofensiva o defensiva, siempre necesita la autoridad por una parte, la subordinación por la otra. Ciertamente, los esfuerzos de un pueblo defendiendo sus hogares revisten carácter distinto a la invasión de ejércitos despóticos: dan más espacio al espíritu de libertad, de igualdad y de iniciativa a la espontaneidad de las masas, pero exigen, para que su esfuerzo lo corone el éxito, cierta suma de disciplina y de organización real.³²

32 La guerra que desde hace dos años se desarrolla en Cuba, y en la que 30.000 insurgentes escasamente armados y aprovisionados tienen en jaque a 200.000 hombres de tropas regulares, es la más sorprendente confirmación de lo que

Fatalmente debe ser así: un organismo de combate no puede semejarse a una sociedad de paz y de trabajo. Pero, aun así, dentro de la anarquía la autoridad de los jefes militares no sobrevivirá a las necesidades que la crearon y será atribución de todos los ciudadanos sujetarla. En este sentido, la educación anarquista será el mejor preservativo contra los pronunciamientos.

Por otra parte, no hay que alarmarse ante ciertas medidas. El arte de la guerra, esperando su desaparición, está condenado a una transformación que ha de dar muerte a la vieja disciplina. El hombre dejará de ser un cero ahogado en la masa; por consecuencia de los inventos de la pirotécnica; las masas resultan día en día más vulnerables; el combate tiende a individualizarse, el soldado conquistara su autonomía. Si el batallón es la unidad táctica, la compañía ha resultado la unidad de combate (reglamento del 12 de junio de 1875, sobre maniobras de infantería). Con los cañones de 24 kilómetros de alcance y los fusiles de repetición, este orden parece aún más compacto. La verdadera unidad de combate se reduciría a una veintena de hombres y la unidad táctica a un centenar. Será esta la guerra de los francotiradores, la más apropiada para un pueblo que se defiende en su territorio. Esta transformación, hecha inevitablemente por el progreso de la ciencia militar, suprimirá estos reducidos cuerpos susceptibles de maniobrar aisladamente o de reunirse para una acción común. No habrá más que un jefe temporal en contacto inmediato con la tropa, medio este el mejor para sostener el espíritu de igualdad, de

confianza y de iniciativa. Por otra parte, la organización comunista de los pueblos les permitirá tomar en todas partes cuanto necesiten para su manutención y equipo sin formalidades ni aplazamientos, suprimiendo la serie interminable de contratistas e intermediarios maldecidos constantemente por los soldados, a quienes matan de hambre. Nada de depósitos, de bagajes inmensos, toda esa impedimenta que embaraza la marcha de los ejércitos y hace perder la batalla. Entonces, merced a los procedimientos químicos que permitirán concentrar en un reducido volumen una gran cantidad de sustancias nutritivas, los combatientes podrán trasportar víveres para muchos días.

La centralización puede ser una necesidad del momento. Sin embargo, conviene desconfiar, pues se aproxima más a la agresión que a la defensa. Expone de una vez las fuerzas de un pueblo que se apodera de todas las fuerzas del país para conducir las en un momento dado sobre tal o cual punto; si el supremo esfuerzo fracasa, todo está perdido.

Mientras que los vicios de la centralización, desde el triple punto de vista militar, administrativo y político, se nos aparecen de un modo sorprendente en la historia, con el imperio romano abierto a los bárbaros, el de Carlomagno, ruinoso por su extensión, España incapaz de defenderse o de reconquistar sus colonias, Austria tiroteada por los latinos, checos, eslavos y magyares, Francia entregada a la arbitrariedad de un funcionario tan absoluto como rutinario, nosotros podemos observar en todas partes los progresos de la autonomía cuando está combinada con una completa

solidaridad. Los suizos, autónomos y solidarios, rechazan en la edad media todos los ataques del imperio; los municipios flamencos arrojan a sus señores y hacen frente a los franceses; los holandeses sacuden el yugo de España, y los españoles reconquistan su territorio contra los poderosos ejércitos de Napoleón I. Si los adversarios de la autonomía citan el ejemplo de los galos sucumbiendo bajo los esfuerzos de César, el ejemplo es falso. Los galos sucumbieron, no porque fueran autónomos, sino porque unos eran enemigos de otros, y aun así las confederaciones que se supieron aliar tuvieron en jaque a los romanos mucho más tiempo que lo hizo ninguno de esos estados fuertemente centralizados, que al fin de tres o cuatro grandes fracasos no pueden oponer ninguna resistencia al vencedor. Se comparte la derrota de Francia centralizada a todo trance con Napoleón I, sobrecargada de funcionarios, administradores, de generales, con la victoria de Francia sobre Europa en el 93, simplemente federalizada, defendida por ejércitos de *sans culottes*, organizados, equipados y alimentados sobre el terreno por las municipalidades, los comisarios y una multitud de comités locales.

El día siguiente de la guerra franco-prusiana de 1870–1871, Juárez, desde Méjico, con su experiencia de viejo guerrillero, escribía que la verdadera táctica que debieron haber empleado los franceses para extenuar y destruir a sus adversarios, era la creación de una multitud de pequeños ejércitos de 10 a 15.000 hombres, fáciles de conducir y de aprovisionar, en vez de esos grandes ejércitos de 100.000 hombres, dislocados al mejor choque y que se desbandan bajo el mando de jefes traidores o incapaces. Las luchas de todas las clases que precederán a la

revolución social, han demostrado que este método es el mejor para una guerra defensiva. Esto en lo relativo a los combates a campo raso.

En cuanto a la resistencia de las poblaciones, los medios científicos jugarán un importante papel. Una ciudad como París, Londres o Berlín, tiene recursos incalculables. Todos los ejércitos de asedio quedarían destruidos bajo la lluvia de fuego lanzada por los aerostatos. Se los tragaría la tierra, abierta por medio de substancias explosivas, caerían fulminados por la electricidad. Nada de ciudadelas, de fortificaciones, de muros almenados. Todo esto ha pasado de moda y debe archivarse en el museo de la antigüedad, juntamente con el caso y la coraza. Agoniza la antigua barricada, y en vez de las garitas en que hacían la guardia los centinelas, arma al brazo, se extenderán *fortificaciones movibles*, líneas férreas ocupadas por locomotoras armadas de poderosos cañones mortíferos invisibles al enemigo.

El descubrimiento de la dirección de los globos dará por resultado, un día, muy pronto quizá³³, hacer la guerra tan espantosa como imposible. Aún no se ha resuelto el problema de la navegación submarina, pero el genio del hombre lo alcanzará. Entonces, esos acorazados gigantescos, a pesar de sus aparatos protectores, de sus blindajes y de sus redes, estarán a merced de los invisibles torpedos. Diez hombres en una cáscara de nuez, pueden hacer saltar uno de esos

33 Y de internacionalizar los pueblos. Arbitrios, aduanas y fronteras quedaran de hecho anulados.

monstruos con todo su equipo. Esta es la revolución de la táctica, tanto en el mar como en la tierra.

Se descubre fácilmente que todo contribuye a destruir esta maquinaria militar anticuada, opresora y disciplinada. Los ejércitos permanentes serán reemplazados por la acción espontánea del pueblo entero. Si esta organización admite en tiempo de crisis la autoridad fundada sobre el talento y justificada por las necesidades, esto no será más que un *accidente* que acabe cuando desaparezca el peligro. Por otra parte –y esto debe ser un enérgico estimulante para los propagandistas del socialismo internacional–, no cabe duda de que, cuando los gobiernos hayan desaparecido, aniquiladas las cóleras de las masas, y se hayan destruido las fronteras, desaparecerá entre los seres humanos todo motivo para la guerra.

X. ARTE Y CIENCIA

El odio con que los anarquistas persiguen los monumentos de un pasado odioso, indigna a los partidarios de la ciencia y del arte oficiales.

–¡Sois unos bárbaros!– gritan a los revolucionarios.

Esta acusación es injusta, pero debemos recordar que jamás hubo bárbaros que amontonasen ruinas como los llamados seres civilizados.

Los romanos, vencedores incultos, respetaron los cuadros y las estatuas de la conquistada Grecia; los godos guardaron los monumentos de Roma, que después habían de destruir los papas; los árabes civilizaron a España, assolada por los piadosos cristianos; los *bandidos* del 93 transformaron París, prolongaron las calles, abrieron nuevas vías, construyeron alcantarillado, celebraron fiestas suntuosas, cultivaron el yermo suelo francés, y Bonaparte, hombre de orden, saqueó los museos de Italia, y hecho emperador, desvalijo a Europa de

sus obras maestras.

«La fuerza –ha dicho Carlos Marx– es la comadrona de las sociedades» Los anarquistas serán los comadrones del siglo XXI. En el curso de su rudo trabajo, ¿pueden ellos reparar en el sitio donde dan sus golpes? Cuando se trata de salvar la humanidad, ¿Qué importa que alguna joya pueda ser destruida?

El hombre, desprovisto de razón e ignorando la ciencia, creó las religiones. Y estas religiones, de las que se aleja cada vez más, pesan aún sobre él y es preciso que se destruyan sus vestigios. Hasta aquí se han transformado, se han atenuado, pero sin desaparecer. Los cristianos destruyeron las estatuas de las divinidades olímpicas y se adoptaron las pompas del paganismo susceptibles de seducción. Esto fue como la fusión de las mitologías. Desapareció el dogma antiguo, pero permanecieron sus ceremonias más o menos modificadas.

A su vez los racionalistas del siglo XVIII proscribieron el culto cristiano y lo remplazaron por el de la razón –¡qué locura!– y después por el del ser supremo, lo que fue una estúpida mascarada. De Numa a Gregorio VII y de Gregorio VII a Robespierre ¡hay todo un encadenamiento!

Y hoy la francmasonería es una religión, el libre pensamiento otra; el materialismo tiene sus ritos como el deísmo. En otro tiempo se comía todo en viernes santo, era la regla; hoy se come mucho, es la moda, moda que se convierte en tradición. ¿Dónde está la diferencia? El respeto al Estado es un resto de

religiosidad.

Los desvaríos metafísicos hacen al hombre esclavo sobre la Tierra, descubriéndole en cambio las varias regiones del cielo, que los anarquistas deben combatir sin piedad. Cuanto simboliza el misticismo debe ser destruido; el altar, ante el cual el hombre pierde su individualidad y hace abstracción de su ser; el confesionario, en el que un espía ensotado se hace dios, y la cruz, emblema de las degradantes virtudes cristianas, la humildad y la resignación.

¿Habéis pasado alguna vez bajo las elevadas bóvedas de los templos, pisando las sonoras baldosas que os envían el eco de vuestros pasos? ¿Os habéis detenido algo confusos en la sombra de las columnatas, contemplando las góticas vidrieras entre cuyos violáceos rosetones se filtra la luz misteriosamente? ¿Habéis aspirado ese olor insípido y penetrante del incienso, mientras llegan a vuestros oídos cantos incomprensibles como una armonía del otro mundo? ¡Oh! ¡Qué bien combinado está todo para seducir y aniquilar al ser humano! De esas sombras, de esas vidrieras, de ese incienso, de esos cantos latinos se desprenden un conjunto de impresiones que suben al cerebro, produciendo embriagueces de opio, desequilibrios mentales.

Todo esto debe destruirse en absoluto; no hay modificación posible: o toda la verdad o todo el error. Después de Lamark, Darwin, Büchener y Moleschot, sobran lo mismo el ser supremo que la diosa de la razón.

¡Fúndanse los cálices en el crisol! ¡Pulverícense los dioses de alabastro en el mortero! ¡Hágase leña de los confesionarios! Si esto es ser iconoclastas, lo son los anarquistas. En cuanto a las iglesias, podrían servir para escuelas o para granero público.

Otro fanatismo es el de la patria. Con gran acompañamiento de metal se ruge:

–¡Temblad, enemigos de Francia!

Y llorosos violines, acatarrados acordeones, chillones organillos, repiten el motivo hasta desengañarse.

–Cuando los quintos vayan a la guerra...

Y ondean las banderas, lucen las escarapelas y millares de imágenes representan a los generales recamados de oro, con los laureles de la victoria en la frente y la triunfante espada en la mano. Tal es el entusiasmo, que se despanzurraría a un alemán por el amor a la patria, como en la edad media se ofrecía a dios la asadura de un herético, y los pintores mediocres, especulando sobre los sentimientos patrióticos del jurado, presentan en la exposición un cuadro bélico que no hay más remedio que aceptar.

Todo esto es lo que hay que suprimir, pero todo esto no es el arte.

¿Qué es, pues, el arte? ¡Oh! Todo cuanto revelando los encantos del espíritu y halagando los sentimientos, contribuye al progreso humano. Si se derrumban las iglesias, si se queman

las banderas, el arte no retrocederá, antes al contrario. Pero quien destruye por placer el Louvre o la Biblioteca Nacional sería un insensato.

«La naturaleza no anda a saltos», ha dicho Leibnitz.

Podrá hacerse tabla rasa de todas las instituciones políticas y sociales de la humanidad, pero no se borrará ni en un día ni en un siglo el recuerdo de su historia, de sus esfuerzos, de su forma. Al lado de las pesadas divinidades asirias, la *Venus de Milo* aparece como la evocación del genio griego. Las vivientes *madonas* de Rafael repelen las frías vírgenes de mármol tendidas sobre los sepulcros cristianos. ¡Murillo, Rubens, Watteau, vuestros personajes tan distintos y nerviosos, vuestras creaciones rebosando de luz, desbordando las morbideces de la carne, hacen revivir siglos pasados! ¡Que destruyan por segunda vez la columna de Vendôme, monumento elevado al crimen; que destruyan las estatuas de Luis XIV, de Enrique IV, un renegado real, y de Gambetta, un burgués renegado: pero que se respete en el Louvre el museo de arte internacional!

No hay mejor terreno para germinar y desenvolver el arte que en una sociedad libre. Todos los tiranos que bajo pretexto de estimular al talento han pensionado a sus aduladores a costa del pueblo, no han hecho otra cosa que falsear el espíritu, cortar las alas a la inspiración, supeditar todo a su gusto personal.

El arte griego no respetaba a Pericles. ¡Qué diferencia entre

las obras de Esquilo y la de los poetastros de la época demetrianas y de la dominación romana! ¡Qué abismo entre las *Filípicas* de Demóstenes y las arengas de los retóricos que enseñaban a precio de oro la elocuencia según los siglos! En el ágora se habla otra lengua; todo es sutilizado, quintaesenciado, amanerado. Se comprende que la libertad no inflama ya los corazones de los nietos de Trasíbulo.

Allí donde reina la servidumbre, la inspiración y el genio se agotan. Las mejores odas de Horacio no son aquellas en que celebra a Augusto y Mecenas³⁴; la *Eneida*, monumento de adulación y de lisonja elevado a la gloria de César, no vale lo que las *Geórgicas*, que cantan a la inmortal naturaleza, y quién sabe si lo advirtió Virgilio, por cuanto al morir ordenó que quemaran aquella. De todos, el más grande quizás el plebeyo Plauto, que anima con un soplo de vida a sus personajes: mercaderes, parásitos, esclavos, cortesanos³⁵.

Por otra parte, los latinos no tuvieron casi más que un arte de importación. Entre ellos, el culto exclusivo de la fuerza mata al culto del espíritu. Conocidos son los versos del poeta:

Grecia capta ferum victorem cepit et artes

34 Salvo una, la oda *Justum ac tenacem...*, en la que después de celebrar con gran entusiasmo al hombre que no se doblega ante ningún amo, coloca modestamente a Augusto entre los dioses.

35 El teatro se desarrolla sobre todo en los pueblos que tendencias libertarias. Las naciones estancadas en la idolatría monárquica no tienen más que frías e inmóviles estatuas.

Intulit agresli Latio ³⁶

Después de Augusto ya no hubo en Roma más que profesores griegos enseñando la rutina y las reglas que habían aprendido. Esto fue lastimoso. Crearon un pueblo de copistas que se creían escritores y de charlatanes que se consideraban tribunales.

Sólo tuvieron algunos historiadores indignados, Tácito y Suetonio; son estos dos, poetas libertarios, y después la podredumbre del bajo imperio, el hundimiento inevitable. Nadie osa recoger el látigo de Juvenal. Luego nada, salvo algunos pasajes de Tertuliano y de Orígenes, que tienen todavía la llama del apóstol. Estos campeones del cristianismo naciente, todavía son superiores a sus sucesores, ya corrompidos, los procaces charlatanes de concilio, los frailes, fanáticos e ignorantes.

En la edad media quedó prohibido el pensamiento. Todo el arte fue reducido a la arquitectura religiosa. Pero conmociones políticas comienzan a bambolear la tiranía feudal, y he aquí una literatura que se forma: crónicas, novelas, poesías.

Sacudiendo el yugo del latín, Dante, intenta escribir en su lengua. Las ideas teológicas del republicano proscrito causan hoy risa; pero la forma de la obra perdura y es muy superior a las frivolidades y simplezas de los poetas cortesanos de un León X o de un Alfonso de Este.

36 La Grecia conquistada subyugó a su feroz vencedor, e introdujo el amor a las artes en el grosero Lacio.

Villon, el pillete murmurador y ladrón, y Rabelais, el cura anarquista, ¿no son superiores a Boileau?

La reforma y el renacimiento dan a Europa nueva vida. Las repúblicas italianas desbordan legiones de gloriosos artistas, que tratan de igual a igual a los reyes, a los emperadores y a los papas.

En los libres municipios de Flandes, al abrigo de las brutalidades feudales, audaces pintores osan reproducir la vida como es. ¡Nada de vírgenes cloróticas ni de arcángeles anémicos! ¡Paso a la sangre plebeya, a las carnes mórbidas, vivientes y rosáceas de Rubens y Rembrandt!

Richelieu, que se alababa de proteger las artes, no pudo sufrir a Corneille. Los inflamados versos del viejo poeta sonaban en los oídos del cardenal como una evocación de la república romana, peligrosa para la fe monárquica. La academia gustábale más, con su cortejo de nulidades oficiales: Conrard, Chapelain, Desmarets, Boisrobert.

Luis XIV quiso reforzar su corte creando una corte inferior, y pensionó a los hombres de pluma casi igual que a los criados. Mientras el bueno de La Fontaine, viviendo prudentemente lejos del Rey-Sol, ponía en boca de los animales lo que un hombre no hubiera osado decir: *nuestro enemigo es nuestro maestro*, y Molière, filósofo melancólico y burlesco, veía al hombre con sus vicios y sus ridiculeces, allí donde el armonioso Racine no veía más que cortesanos de Versalles transformados en griegos y en romanos, un pedante enfadoso y disciplinante,

Despreaux que pudo contenerse siendo un buen crítico, creyó un deber formular las reglas del arte de escribir.

Lo propio del genio es elevarse por encima de todas las reglas; los Aristarcos sólo han engendrado una multitud de miserables copistas.

Después de la muerte del gran rey, hubo en Francia una época de sosiego. Todo el mundo quería vivir y hubo casi el derecho de pensar.

La idea comenzó a desprenderse de la forma; se interrogó menos a los maestros más a la naturaleza. Resultado: Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Diderot.

Bajo Napoleón I para la palabra una mordaza, para el pensamiento un apagador, los poetas no podían más que celebrar los laureles de Belona; los discípulos de David pintaban romanos. Bellas artes, literatura, poesía, todo fue afectado, contrahecho, atroz. La restauración aumentó la sombra. El padre Loriguet, jesuita, escribió la historia, y Cuvier se encargó de realizar el maridaje entre la ciencia y la Biblia. Sólo un hombre, pablo Luis Courier, enloquecido por la indignación, se elevó en el libelo a la elocuencia de Juvenal.

Pero el siglo XIX rompe sus andadores. Se llega al 1830. En todas partes se desborda el anhelo de libertad. Guiada por un genio –Víctor Hugo–, una plebe de hombres de talento declara la guerra a los clásicos: «¡abajo Despreaux! ¡Abajo el tunante de Racine! ¡Abajo los académicos!» Y los Gautier, los Bausville,

los Musset, los Barbey d'Aurevilly, los Mery, los Sandeau, los Dumas, brillan de repente en la novela, en la crítica, en el teatro, destruyendo los ídolos viejos, trazando nuevas vías, mientras los escritos socialistas emprenden con ardor la crítica de la sociedad vieja; y Heine, este alemán tan francés y tan parisién, revoluciona a pesar suyo, acribillando con la metralla de su espíritu mordaz a los políticos de Francia, a los patrioterros de Alemania, y saluda al comunismo³⁷.

El día 2 de diciembre señala un retroceso. Napoleón III, como buen tirano, proscribe el pensamiento bajo su reinado, la novela se anula (Montepin reemplaza a Balzac), el periodismo decae, el teatro vuelve a las representaciones de magia y a las exhibiciones de la carne.

¿Qué es ese estribillo de opereta que llega a vuestros oídos? Los aplausos de espectadores coronados, pues dos hombres revolucionarios a su modo se burlan de los reyes y de los dioses con música de Offenbach. Dejad que griten los rigoristas; esta locura despertará el buen sentido; la risa resucitará el espíritu y con el espíritu la dignidad. La sátira va a convertirse en libelo. En los últimos años del imperio sopla por todas partes el espíritu de revuelta traducido por el pincel, el lápiz y la pluma. Rocheford enciende su linterna; veinte periódicos desmoronan el poder con la agudeza de sus ataques.

Finalmente, caen el imperio, la censura y los tribunales. Parece que el arte va a ser libertado. Pero no, no es ésta la

37 Especialmente en el prefacio de *Lutecio*.

verdadera revolución, sólo los hombres han cambiado. Pero no importa; una ráfaga de aire fresco ha pasado por las imaginaciones aturcidas, a pesar de la caída de la Commune, que contaba con tantos talentos, el pintor Coubert, el poeta Vermesch, el cancionero Portier, el realista Valles, el romántico Pyat, el sincero Vermorel, el elegante Grousset, a pesar de la represión, del estado de sitio, del retroceso ofensivo a la literatura venal, la gente se separaba de los viejos ídolos. Se comentaba a Darwin, se lee a Büchner, se renuncia a la fría pesadez antiestética y se busca el arte en la vida y la ciencia en la observación. Zola y los naturalistas entablan una guerra a muerte con los románticos, y a sus golpes cae la hojarasca de una literatura sin ideal. Demoledores, ante todo, manejan la pluma brutalmente, como un mazo; se vive todavía en una época de transición. Sólo la libertad puede permitir al arte todo su desenvolvimiento entre las masas. Mañana, cuando el arte sea verdaderamente popular y accesible a todos, brillará con más fulgor que nunca.

Ciertamente, en los comienzos de la revolución social, la satisfacción de las necesidades vitales, tanto tiempo desatendidas, eclipsará todas las aspiraciones estéticas. Precisaré asegurar el pan y el alojamiento, procurar por el provenir y consolidar la obra, antes de soñar en lo brillante y lo superfluo. Pero tened entendido que lo brillante y lo superfluo se convertirán también en necesidad. Los proletarios, separados hasta ahora de todas las distracciones intelectuales, condenamos a la taberna porque el arte no ha sido puesto a su alcance, una vez convertidos de bestias de carga en hombres

pensantes, no irán a la zaga de los burgueses³⁸.

Lo mismo ocurrirá respecto de las ciencias. No se me arguya con el ejemplo de algunos príncipes filósofos que cuentan con su camarilla; sueltos estos sabios hubiesen sido de más utilidad. ¿Hay que recordar el gran número de inventores desconocidos, rechazados por la rutina de los cuerpos oficiales: Jacquart, Cugnot, Fulton, los Colón, los Vesalio, los Paliss y los Galileo, perseguidos, y otros, como Cuvier, que han querido conciliar lo que es inconciliable, la ciencia y la fe? La ignorancia de las masas es la principal fuerza de los gobernantes. En todo tiempo la gran cuestión ha sido arrebatarse al pueblo el conocimiento del saber humano ¡Profano quien osa echar una ojeada sobre la misteriosa Naturaleza!... Los sacerdotes de Egipto y de Caldea, los brahmanes de la India, han preferido dejar que se pierdan tesoros de conocimiento, antes que de ellos se aprovechara la humanidad. La ciencia, en lo sucesivo, debe ser divulgada, porque si sigue siendo patrimonio de un reducido número, no tardará en crearse una aristocracia. Así se han creado la mayor parte de las religiones y de las castas.

En una sociedad comunista anarquista, la libertad de pensar y decir, la certidumbre de que no faltará lo necesario durante

38 Actualmente la miseria a las familias pobres a entregar a sus hijos antes de edad a cualquier oficio, sin ninguna vocación. De estas desgraciadas criaturas se apodera el odio a la industria a que se le sujeta. ¿Qué ciudadanos puede aportar a su oficio el aprendiz de cerrajero que contemplando una estatua o un cuadro ha sentido revelarse en él gusto y la afición a las bellas artes, mientras que otro niño, llevado a la escuela de dibujo, no será más que un artista mediocre, pudiendo ser un excelente cerrajero? ¡Qué de fuerzas, de talentos inutilizados, contrariados, perdidos!

el periodo de estudio y de experimentación, la facultad de procurarse instrumentos especiales, hoy muy costosos y mañana puestos a disposición de todos, harán dar a la ciencia pasos de gigante.

XI. ALGUNAS ANTÍTESIS: DERECHO Y LEY. SUFRAGIO Y DELEGACIÓN. LIBERTAD E IDENTIDAD. INICIATIVA Y AUTORIDAD

Nada es tan frecuente como ver a la masa juzgando las apariencias y confundir ideas en realidad muy contradictorias.

El *derecho* es la negación de la *ley*. El primero dimana de la naturaleza; la segunda del capricho del señor. El derecho, resulta del modo y la manera de ser de los individuos, es imprescriptible e inalienable: es inherente a la humanidad. Dentro de mil años, como hoy, como en otro tiempo, todos los hombres tendrán el derecho de vivir y ser libres.

Entre los japoneses, como entre los franceses y entre los chinos, todos, a despecho de leyes más o menos extravagantes, tienen el derecho de comer, de vestir y guarecerse, y mientras la ley prohíbe al desgraciado vagabundo aplacar el hambre con los productos de la tierra y reposar su cuerpo sobre la misma tierra, el derecho le dice: «¡Come y duerme!»

El derecho es la negación de la ley humana, porque es la

afirmación de la ley natural.

Las leyes naturales, a la que vivimos sujetos y que nos han hecho como somos, han dado al hombre un estómago –y tiene el derecho a comer–, un cerebro –y tiene el derecho a pensar–, varios sentidos –y tiene el derecho de amar.

El derecho es justo porque es esencialmente humano. La ley, por el contrario, es esencialmente tiránica, porque la han hecho unos hombres contra otros hombres. Todo individuo de espíritu sano conoce, siente su *derecho*; pero las leyes, frecuentemente obscuras y contradictorias, no son más que la expresión de una voluntad despótica, sea la de un soberano, sea la de una asamblea. Tiberio, Nerón, Alejandro VI, Luis XIV y Bonaparte, han hecho leyes. Las leyes de Luis Felipe proscribirán a los bonapartistas y a los republicanos; las leyes del segundo imperio proscribían a los republicanos y a los orleanistas; las leyes de la tercera república proscriben a los príncipes de Orleáns y a los Bonapartes. Entre todas estas leyes contradictorias, ¿dónde están las verdaderas las justas las respetables? Es cuestión de apreciación, de oportunidad.

En nuestra sociedad, acribillada de leyes, el derecho está desconocido en todas partes. En una sociedad libre, respetuosa del derecho de todos, la ley despótica debe ceder su puesto al contrato, siempre modificable y revocable, a las decisiones tomadas de común acuerdo.

Esto nos conduce a la cuestión del sufragio universal. ¿Es justo que la voluntad del mayor número se imponga?

Por lo pronto señalaremos lo absurdo de la pretensión de que el número tenga nada que ver con la lógica. Muy al contrario, en la larga historia de la humanidad, todos los progresos han sido conquistados en ardiente lucha sostenida por las minorías. Colón era minoría cuando afirmaba la existencia de un nuevo mundo; Galileo era minoría cuando atestiguaba el movimiento de la Tierra; Babeuf, proclamando el derecho a la vida, era minoría, y los anarquistas, que son ciertamente la palabra del provenir, son actualmente minoría.

El sufragio universal, pues, nada tiene que ver en las cuestiones de filosofía o de ciencia.

¿En las cuestiones políticas no se ha visto aclamar sucesivamente la realeza, el imperio y la república? Además, los trabajadores no viven en la política, antes al contrario, mueren por ella; su papel debe ser el de suprimirla.

Sin embargo, hay un punto que sólo el sufragio universal puede decidir: es el relativo a las cuestiones primordiales que afectan a la vida cotidiana de todos; la disminución del trabajo, la producción, el cambio, el reparto de los productos, la alimentación, el alojamiento. Ante estas cuestiones, hasta la gente más sencilla comprende sus intereses, y como los intereses de cada uno deben en una sociedad comunista identificarse con los intereses de todos, no pueden temerse esas divisiones profundas de la opinión, esas pequeñeces, esas intrigas que en las asambleas parlamentarias impiden toda reforma. Más claro; no hay medios mejores para darse cuenta de las necesidades de una sociedad que consultar a cada uno

de sus miembros. Asegurar que no ocurrirán algunos choques es aventurado, pero aun en este caso el remedio está en la misma libertad. Los descontentos gozarán de perfecta independencia para separarse de las agrupaciones cuyo espíritu les disguste, y asociarse a los ciudadanos que expresen idénticas opiniones.

El sufragio es la libertad del ciudadano para arreglar sus asuntos dentro de la *cosa pública*. ¿Por qué monstruosa aberración ha podido ser confundido este sufragio con la *delegación de poder* que usurpa a los ciudadanos su soberanía para concedérsela a un corto número de individuos?

Precisamente en nombre de su soberanía, el pueblo no debe darse esos amos, llamados representantes, que le gobiernan a su antojo.

¡Qué triste es oír al elector de Bonaparte, de Thiers o de Ferri, decir con orgullo: «Yo soy soberano»! ¡Ah, no; tú no eres más que un pobre esclavo!

Es imposible definir en sus detalles lo que será la sociedad del mañana, pues no se deja entrever más que a grandes rasgos. Sin embargo, se puede afirmar audazmente que la cámara de diputados y el senado desaparecerán, como desaparecieron los antiguos parlamentos que, bajo la monarquía absoluta, podían ser un apelativo, pero jamás un freno para las arbitrariedades reales. Las agrupaciones y corporaciones, constituyendo el municipio, gozarán la plenitud de su vida y elaborarán contratos y decisiones, medidas de

interés general, en una palabra, todo cuanto concierne a la vida social.

Una sociedad libre, ¿podrá ser igualitaria? Libertad e igualdad, ¿estas dos ideas son incompatibles?

Incompatibles, si, evidentemente si por igualdad se entiende identidad. Ciertos socialistas, llevando el espíritu de sistema a los límites de lo increíble, quisieran que todos, comiendo a la misma mesa, consumieran la misma cantidad y calidad de manjares, vistieran los mismos trajes, tuvieran idéntico alojamiento y análogo mobiliario. Da pena pensar en semejante fanatismo. Si tal género de vida prevaleciera, no tardaría el cansancio en apoderarse de la humanidad, y el suicidio sería su gran refugio. Pero los hombres dotados de buen sentido no pueden entender por igualdad la igualdad física, intelectual y moral que redujera nuestra especie a un solo hombre con una tirada de millares de ejemplares. Esto sería la muerte del progreso, que sólo se alimenta del choque de las ideas y de los esfuerzos.

Por igualdad se entiende, entre los anarquistas, la igualdad social. Todos los seres humanos tienen el derecho a la posesión de la riqueza colectiva y el mismo deber a contribuir a su producción. No se trata de una cuestión de igualdad política, porque la política desaparecerá con sus mentiras, ni de igualdad civil, porque las leyes y los códigos cesarán de regir ante una humanidad libre.

La mujer no tendrá que agitarse para conseguir sus derechos.

Nada de parlamentos, ni de mujeres electoras y elegibles. Nada de leyes y de reivindicaciones a favor de la igualdad civil de los sexos.

Un zapatero será tanto como una institutriz y una modista como un astrónomo. Ninguna diferencia habrá entre sus funciones. No habrá ni comandantes ni subordinados; será la verdadera armonía basada sobre la libertad individual y la igualdad social.

Sin embargo, muchos, juzgando por la apatía actual de las masas, temen que la desaparición de un gobierno encargado de pensar por el pueblo, entrañe el debilitamiento de la actividad humana.

Esta actividad, sin la cual caeríamos en la inmovilidad de los antiguos pueblos de oriente, se manifestará, al contrario, más intensamente cuando se libre de las trabas de un poder que se esfuerza en absorberla, concentrando todas las fuerzas vivas de la sociedad.

¿No ha sido hasta ahora el papel de los gobiernos servir, no de estimulante, sino de freno?

Los individuos libres arrojan al viento sus ideas impulsando a la masa; la actividad incesante, no ya de algunos directores, sino de millones de ciudadanos: he aquí la garantía que la anarquía dará al progreso humano³⁹.

39 En esta sociedad es evidente que la prensa desempeñara un importantísimo

El espíritu de iniciativa de un individuo puede, verdaderamente, transformarse de un modo insensible en espíritu de autoridad. El correctivo, el remedio todopoderoso reside justamente en el espíritu de iniciativa de todos.

Gracias a esta constante emulación, el hombre crecerá en valor, sin ser por esto el tirano de sus semejantes.

papel. Ella será la que, recogiendo y concentrando las ideas esparcidas en las muchedumbres, servirán de gran motor, y su acción, dirigida exclusivamente las empresas útiles, no será temible, porque no habrá política, numerario, ni gobierno. ¡Qué diferencia con el periodismo actual, en el que la sinceridad y el talento no pueden ser más que una excepción!

XII. LAS AFINIDADES

En estos momentos, el mundo de la política se desploma y el mundo del trabajo se crea. Senado, Cámara de diputados, consejos municipales y generales, presidencia de la república, ministerios, consejo de estado, todo este engranaje de una sociedad gastada se detiene; ha pasado su época y ninguna aspiración llenan en la vida pública; si algo se hace es sin ellos o a pesar de ellos.

Estos majestuosos organismos, convertidos en verdaderas superfluidades, se han quedado sin base y se hundirán al primer choque.

¡Qué signo de los tiempos cuando se oye al inculto campesino (que en su ignorancia aplastaría a un anarquista) Llamar asnos a los ministros y cerdos a los senadores!, al mismo tiempo que se ve al obrero de las capitales inclinado a politiquear, remedando vilmente a los diputados, para cobrar como ellos los veinticinco francos de dieta

La política es una vieja prostituta que quiere, pero no puede hacerse pasar por virgen. Mientras el régimen de castas, abolido nominalmente por la gran revolución, subsista, y la burguesía sea implícitamente considerada como el centro y el corazón de la nación, las instituciones burguesas tendrán razón de ser. Pero he aquí que el proletariado, de día en día más numeroso y consciente, rechaza a su vez a la burguesía como está rechazando a la nobleza. Las instituciones de la burguesía no pueden convenir al proletariado, y se hundirán con la clase de que dimanen.

Los burgueses que viven sin trabajar hacen abogados que venden su palabra y hacen diputados. Los diputados, a su vez, hacen senadores y ministros. Los proletarios, que no tienen tiempo ni dinero, ni instrucción, casi no entran en ese olimpo, y cuando entran es para corromper.

Se comprende que así sea; cogidos en el engranaje diputados, senadores y ministros, forzosamente reciben la influencia del medio en que viven. Y helos aquí, que a pesar de sus resoluciones, están obligados a vivir de la intriga constantemente, de charlatanerías, de cábalas de pasillo que subordinan su proyectos a las coaliciones de los grupos. Los proyectos serios y beneficiosos son abandonados en las secretarías, en las oficinas, y por consiguiente, todo se detiene y se deforma.⁴⁰

40 Una prueba, entre muchos, de esta impotencia, es la situación de anulación, penosa aun para sus adversarios, en la cual se han hallado tres *leaders* socialistas considerados de gran categoría: Granger, Lafargue y Guesde. El primero,

Las agrupaciones obreras, los sindicatos y las corporaciones, acabarán un día con la potencia burguesa. Pero trocar un despotismo por otro sería una verdadera necedad; nadie es más opresor que esos seres que suben de la nada. Reemplazar la autoridad del parlamento por la de un consejo sindical no puede ser la aspiración de los trabajadores que desean emanciparse. Sí estos dejan que algunos delegados se erijan en jefes o amos, están perdidos. El poder que comienza siendo pequeño aumentará, el tiempo consagrará las usurpaciones y se creará una nueva jerarquía que vendrá a destruir la igualdad social.

Se dice que en la piel de cada francés hay un funcionario que duerme. ¿Quién no dice que en la piel de muchos revolucionarios no haya un opresor del mañana? No se trata, pues, de reemplazar la opresión, sino de destruirla.

La agrupación de todos los esfuerzos es necesaria para la lucha, tanto como para asegurar al día siguiente el funcionamiento de la máquina social.

Pero ¿cómo debe efectuarse esta agrupación? –según las necesidades –dicen los autoritarios–. Según las afinidades–responden los anarquistas.

poderoso organizador del antiguo partido *blanquista*, se retiró de la vida política descorazonado. El segundo, sabio concienzudo, se hizo dar demasiada importancia por el clerical conde de Mun, y Guesde, el infatigable importador y propagandista del marxismo en Francia, no aparece por el parlamento más que por dejar que abofeteen sus prestigios el izquierdista Jaurés, notable orador sin convicciones, y abdicar la dirección de su partido en el radical socialista Millerand, jefe indicado del futuro gabinete socialista (1897).

Las necesidades no pueden violentarse, esto es evidente; pero si bajo el pretexto de la necesidad se aglomeran los elementos más heterogéneos, se crea algo que tiene no sé qué de híbrido sujeto a constantes conmociones, estrujado en todos sentidos e incapaz para un esfuerzo común.

Las agrupaciones operadas sin criterio se disuelven rápidamente. Sólo las agrupaciones basadas sobre un fin común, la simpatía y la estrecha solidaridad de intereses, pueden resistir al tiempo y a los obstáculos.

Esto implica por qué la unión de revolucionarios de diferentes escuelas, deseada, sin embargo, por un gran número, han sido siempre imposible, porque cada uno tiraba de su lado, en el sentido de sus ideas y de sus preferencias teóricas, mientras que la unión de ciertas pequeñas agrupaciones, fundada sobre la inteligencia absoluta y la amistad, han sido siempre inquebrantable.

Seguramente la subversión revolucionaria conducirá a disparatadas coaliciones, a singulares alianzas, pero estas coaliciones y estas alianzas se disiparán con los acontecimientos que las originaron y el individuo recuperará a aquellos cuyo carácter y género de la vida le guste más.

La agrupación corporativa es hoy una necesidad, pero hay que desear que sea transitoria. Lleva en sí el germen de una autoridad peligrosa si no se la detiene a tiempo. La humanidad en los umbrales del siglo XX no puede regresar al sistema social de la Edad Media. Pero mientras tanto, las agrupaciones

obreras deben tomar la dirección de sus asuntos y no abandonar a sus comisiones y delegaciones sindicales más que las cuestiones de detalle y de ordenación imposibles de tratar en asambleas generales. Durante el período revolucionario los más conscientes tendrán que vigilar a quienes, so pretexto del buen orden y de la división del trabajo, traten de sustituir el antiguo con un nuevo funcionariado. Por otra parte, la socialización de las fuerzas productoras tendrá por efecto multiplicar prodigiosamente la riqueza puesta al alcance de todos. En esta sociedad toda reglamentación será útil y las asociaciones autoritarias cederán su puesto a las agrupaciones libres, que serán la base del municipio anarquista.

XIII. DESENVOLVIMIENTO DE LA HUMANIDAD

En el presente están los gérmenes del provenir. En la época en que la Tierra en estado ígneo flotaba en el espacio, contenía ya todos los elementos de su futura vida geológica.

¡Qué de fases socorridas! Millones de años y de siglos se reflejan como un resplandor en la negra pizarra de la eternidad.

¡Atrás las cosmogonías primitivas! ¡Atrás los *Vedas*, la *Ilíada* y la *Biblia*! He aquí la epopeya, según Darwin: el libro de la naturaleza y de la humanidad.

El globo de fuego se ha enfriado, los vapores se han condensado, el astro luminoso ha muerto, se forma un planeta y las vacilantes llamas se convierten en olas de un océano sin límites.

En la profundidad de las aguas se elaboran los organismos. ¿Qué es esa gelatina amorfa⁴¹ que tiembla a la luz del sol en la

41 El bathibyus, considerado como la forma primitiva y más rudimentaria de la

ribera? ¡Ah! Esta materia que vosotros desdeñáis es el primer esbozo de los seres vivientes, y de modificaciones en modificaciones llegará hasta ti, hombre orgulloso. Donde comienza el movimiento comienza la vida.

De sucesivas combinaciones de la materia increada surgieron poco a poco vegetales, zoófitos, peces, reptiles, pájaros, mamíferos. La cadena de los seres se ramifica, se extiende y se perfecciona. ¡Humildes líquenes de los primeros tiempos, vosotros sois los padres de esplendidos helechos, de las palmeras de la edad de la hulla y de nuestros robles y nuestros abetos! ¡Pterodáctilos, venerables padres de nuestros cocodrilos! ¡Monos precursores del hombre!

¡Ah, sí! a despecho de la *Biblia*, que consideraba extrañas las unas a todas las otras partes del universo, admite a cada instante la intervención de una fuerza creadora que hace algo de la nada, todo ocurre del modo más sencillo del mundo: todo se transforma y nada se crea, porque nada se destruye, la muerte no es más que un punto de partida de una nueva forma.

Del hombre al insecto, de la roca a la flor, del océano a la nube, todas las partes de la materia eterna se confunden y se completan, siendo solidarias unas de otras.

materia animada. Es una masa gelatinosa de dimensiones extremadamente variables. Se la ha extraído en el norte del atlántico, en profundidades de cuatro a ocho mil metros, y nosotros hemos encontrado en las costas de Oubatche (Norte de Nueva Celedonia) un organismo protoplástico enteramente análogo al bathybius.

En todas partes, contra la fuerza de la energía hay fuerzas de reacción, obra de la fuerza del movimiento –fuerza de progreso–. En lo moral, en lo intelectual, en lo fisiológico, como en lo físico –porque en el fondo todos estos mundos no son más que uno sólo, dominado por las mismas leyes– se libra el mismo combate. La reacción es la tierra negándole al árbol su savia, la corteza aprisionando al botón. El animal sufriendo su suerte con resignación, el hombre buscando el modelo pasado. El progreso es la vida circulando por todo, comunicándose de la tierra a la planta, haciendo surgir de las viejas cárceles destruidas nuevas germinaciones, alentando al ser organizado y dándole nuevas armas para el combate por la vida; es el hombre arrojando lejos de sí su rostro de animalidad, y que, sin avergonzarse de su origen, busca el ideal en la negación del pasado.

En su marcha ascendente el progreso describe una inmensa espiral. A cada instante nuevos obstáculos parece que han de reducirle al punto de partida; pero después de estos retrocesos adquiere una nueva impulsión, gracias a la cual destruye todo lo que parecía que iba a detenerle.

Los antropoides⁴², que por ser los últimos en llegar son los más elevados y perfectos en la escala de los seres, se han diseminado. Su progenitura cubre toda la parte central del

42 Está admitido por la mayor parte de los sabios materialistas partidarios de la teoría darwinianas que los hombres descienden, no de las variedades de monos que hoy conocemos, sino de un tronco de antropoides (*anthropos* hombres *eidos* forma), del que ha partido, diferenciándose cada vez más las especies humana y simia.

antiguo continente. Desde la costa del océano Índico, desde las mesetas de Irán y del Tíbet, numerosas familias emprenden marchas en todos sentidos, y a cada etapa de la emigración los sedentarios se detienen y el clima, el alimento y las costumbres los diferencian. Cada variedad animal se convierte en el tronco de muchas variedades humanas.

Al alejarse de las selvas, los cuadrumanos se han convertido poco a poco en bimanos; su torso se va irguiendo y caminan semiencorvados, con las rodillas dobladas. Como las noches son frías en el valle, se abrigan bajo montones de ramas, esbozo de la cabaña humana. Los víveres son muy raros en el monte, y los montañeses hácense industriosos cazadores, carnívoros y caníbales.

La India, esta tierra antigua entre todas, ha conservado el recuerdo del parentesco homo-simio. En sus poblaciones y en sus templos los monos son acogidos como hermanos y venerados como antepasados. El poema más grande de la India, el *Ramayana*, consagra, en el abrazo de Rama y del mono *Hanouman*, el universal lazo de todos los seres vivientes.

Con el lenguaje articulado comenzó a elaborarse la humanidad. ¿Quién es ese ser, negro y velludo, que duerme en las cavernas y afronta las fieras con un hacha de piedra en la mano? Es el hombre prehistórico, salvaje, de cráneo deprimido y férreas mandíbulas, que devora cruda y sangrienta la carne de los de su especie. Es el reino de la violencia y de la fuerza ciega.

La ley de la lucha por la existencia crea incesantes combates. ¡Desgraciados los que se duermen! El adversario, fiero u hombre, está al acecho. El primer arte de la humanidad naciente es el arte de hacer flechas y hachas de sílex.

Los comienzos de la vida social se bosquejan: las familias se agrupan y se forman las tribus, diferenciándose sus funciones. Al hombre se le confía la guerra y la caza y a su compañera los cuidados íntimos. La esclavitud –domesticación del hombre más provechosa que la de los animales– reemplaza a la carnicería y la antropofagia. Comienza la explotación humana.

Con la mano de obra de la esclavitud, la cultura recibe un impulso, el comercio se propaga. La bestia humana de la edad paleolítica⁴³ ha desaparecido; artistas ignorados graban sobre los instrumentos de cuerno la imagen de los mamuts y de los rengíferos

Las costumbres se han trocado en leyes, y las leyes se consagran en todas partes al imperio de la fuerza; la mujer será la propiedad de su marido, porque es más débil que él; la misma disposición subsiste entre los salvajes australianos y en el derecho romano, que rige todavía.

La mayor parte de las leyes son consagraciones de antiguas costumbres: las costumbres del pasado no pueden convenir a

43 *Paleos* antigua, *Lithos*, piedra (edad de las piedras en bruto). Las etapas de la humanidad anteriores a los tiempos históricos han sido divididas en edad de la piedra en bruto, edad de la piedra pulimentada (paleolítica), edad del bronce y edad de hierro.

lo futuro; luego sobran las leyes. La misma sociedad inferior que nos lega leyes, se crea y nos lega una religión. Ignorando la física, como todas las cosas, inventó un dios por miedo al trueno, y los intrigantes, los astutos, los poetas, que hacen hablar a ese dios, se apoderan de él para crear su dominación. De aquí el origen de las castas. La primera idea metafísica fue la destrucción de la igualdad humana.

Esto es tan cierto, que todos los grandes movimientos, dando resultados emancipadores, se materializan cada vez más. El budismo y el cristianismo, populares en su origen, se esterilizan al contacto de los teólogos. El islamismo, mezclando a las elucubraciones religiosas un materialismo sensual, subleva el antiguo mundo y combate al cristianismo. Más atrevido que Wicleff, Juan Huss y Ziska, el jefe de los campesinos, Munzer, proclama la igualdad y el comunismo. Completada por él, la reforma es la revolución de los cerebros contra el dogma y de los pobres siervos contra los ricos obispos. La revolución inglesa es la última en la que la idea religiosa juega un papel importante. La del 89 es un movimiento puramente político, realizado por la sociedad civil, obrando por propia cuenta. Hoy más que nunca, las nubes de la metafísica se disipan. La revolución social será la de los estómagos vacíos contra los estómagos hartos.

Desde su nacimiento, la humanidad está en rebeldía contra sí misma, y esta rebeldía perpetua es el factor más importante del progreso, constantemente conquistado, pero progreso al fin. Las sublevaciones, las guerras, fusionan los pueblos y rompen las barreras detrás de las cuales se atrincheraban las

antiguas razas. Puestos violentamente en contacto arios, turonianos, semitas, camitas y negros, se mezclan y confunden en el gran torbellino de la humanidad.

Después de choques brutales se restablece la calma poco a poco; las fuerzas tienden a equilibrarse hasta que sobreviene una nueva fuerza y cambia el orden de cosas. En el Asia, hormiguero de pueblos y cuna de las religiones y castas, nacen razas superpuestas. ¡Sudras y vaicias, descendientes de los vencidos, vosotros trabajaréis para sostener en su soberbia abundancia a los brahmanes y a los chatrias! ¡Los déspotas divinizados han conquistado a vuestros ascendientes; sufrid el yugo en espera de que en los siglos de los siglos el demócrata buda intente emancipar a vuestros descendientes!

Pero mientras los indios adoran tantos dioses como tiranos tuvieron, los persas veneran el sol y los chinos sus dragones. Mientras los pastores de Caldea y de Egipto fundan la astronomía, los fenicios desafían los mares para procurarse ya no armas de piedra, sino metales, y los conquistadores de Nínive y Azur instalan sobre espantosos holocaustos su omnipotencia; mientras hordas de bárbaros aúllan a las puertas del mundo nuevo, un pueblo diviniza la naturaleza. Intrépidos y sonrientes como las olas de este mediterráneo en cuyas orillas se asientan, los griegos, raza vivificada por elementos extranjeros, escapan a la atmósfera de servidumbre que se respira por todas partes.

En lugar de las enormes divinidades monolíticas que entristecen y abruma, colocan árboles, arroyuelos, flores. Los

dioses que, por una aberración común a toda la antigüedad, se crean entonces, tienen al menos forma humana y la vista, fatigada de contemplar los bloques asirios, las monstruosas trinidades indias dotadas de miles de brazos y de cabezas, reposa sobre la Venus de Milo y el Apolo de Praxiteles.

En una época en que todo era barbarie o monocracia, los griegos lanzaron una palabra que les dio el primer lugar entre los pueblos de la antigüedad: «Libertad»

En la práctica fueron mercaderes astutos y rapaces, más celosos de su independencia que respetuosos de la de sus vecinos, sosteniendo por otra parte cuidadosamente la plaga que les legaron sus antepasados de la edad prehistórica, la esclavitud.

Pero favorecieron la expansión del pensamiento, vivificaron el arte popularizándolo, y al contrario de los latinos centralizadores, se inspiraron frecuentemente en esta idea que, mejor comprendida, será la divisa del porvenir: *autonomía y federación*. Finalmente, muchos de los filósofos⁴⁴ entrevieron bajo una forma poco seductora, es verdad, la solidaridad de los intereses humanos: el comunismo.

El comunismo se bosqueja, sobre todo, entre los bárbaros del norte. El mark germánico y el *clan* céltico son la forma rudimentaria de la asociación que hoy observamos en el *mir* ruso: agrupaciones de familias emparentadas, poseedoras

44 Minow, Licurgo y Platón.

mancomunadamente de tierras baldías, campos, pantanos, prados, que se reparten periódicamente entre ellas las tierras cultivables.

La propiedad no es acaparada por un solo dueño, como ocurre entre los patriarcas semitas y la cabeza de familia en los latinos; es accesible a todos. Nada de desgraciados reducidos a la desesperación por acreedores despiadados como en Roma. La buena o mala fortuna lo será para todos. Si la cosecha es abundante se distribuye entre todos; si una inundación destruye los campos, todos juntos, familias, *clanes*, tribus, emprenden la marcha hacia las fértiles regiones del Mediodía.

Sin embargo, la conquista romana pone en comunicación todas las razas. La fusión de tantos elementos diversos se prepara, pero seguramente dará un terrible golpe al viejo mundo. El arte griego y el lujo asiático han destruido la sencillez primitiva de los latinos. La sordidez de los mercaderes cartagineses se ha comunicado a los hijos de Rómulo. Pero llega el verdadero enemigo, más peligroso por cuando se introduce silenciosa e inadvertidamente. Recogiendo todos los espíritus en rebelión, todas las aspiraciones confusas, todas las amarguras filosóficas, el cristianismo pasa de Oriente a Europa. Pertenece a la fuerte raza judía, que realizó la centralización de los dioses en uno solo, y que debía diez y ocho siglos más tarde realizar la de los capitales y abatir el poderío de Roma, esta centralizadora política por excelencia. Predicadores nazarenos y discípulos de Platón se coligan contra las antiguas divinidades.

En dos siglos el cristianismo se ha infiltrado en África, en Grecia en Italia, y echa raíces en la Galia. El inmenso pueblo de esclavos que había buscado en vano su emancipación en las revueltas, en Italia con Espartaco y en Sicilia con Eunus y Ateneo, experimenta una sacudida.

¡Ah! ¿Qué les importan a éstos las sutilezas teológicas? Los predicadores del evangelio les gritan: «¡Igualdad!»: pues libertad. Y los campesinos galos se sublevan con Eliano. Pero ¿qué quiere decir esto? Otros cristianos marchan contra ellos con César, Maximino, Mauricio, Víctor, Cándido, Exupero y todos los de la legión tebaica; ¿están allí para combatirlos? ¡Oh, sí! Los grandes jefes del cristianismo se han arrodillado ante el César, asegurándoles que no querían comprometer su autoridad: su reinado no es de este mundo. ¡Eterna cobardía de los innovadores que no osan llegar hasta el fin en las vías de la revuelta! ¡Cobardía que no impedirá al César decretar la muerte de estos soldados cristianos, de los que él desconfía y que presentan el cuello dócilmente! Robespierre, el místico, debía también presentar el cuello en la plaza de la revolución, mil quinientos años más tarde, después de haber inmolado en sus asesinatos a los mejores amigos del pueblo.

El cristianismo ha lanzado ya un grito asolador: «¡Resignación!» Grito fúnebre que repercutirá en la noche de la Edad media y humillará a los desheredados, hasta que otra voz, la de la conciencia humana, les grite: «¡Revolución!» Traicionando la esperanza de las masas oprimidas, se alía con los Césares, perseguidores de la víspera, humillándose ante los bárbaros los dominadores del mañana.

Este encuentro del cristianismo y los bárbaros fue uno de los más grandes acontecimientos históricos. Sin el cristianismo, los bárbaros hubieran encontrado el imperio romano más fuerte, más apto para defenderse; sin los bárbaros, el cristianismo, diversamente interpretado por los filósofos, ya sofisticados por una multitud de doctores y obispos, hubiera peligrado o vegetado modestamente hasta el día en que se hubiera verificado su fusión al paganismo. Pero he aquí que todo el mundo de salvajes, ignorantes y crédulos, se precipita sobre Europa, y a medida que el peligro se aproxima, los Césares bajan la voz, los obispos cristianos hacen un doble juego, comprendiendo que entre las dos partes, romanos y bárbaros, su papel será de árbitros, es decir, de amos. Y helos aquí celosos defensores del imperio con los emperadores y celosos conversores con los bárbaros.

Llegaron al cumplimiento de sus fines: eliminaron al César, entronizando al imbécil Constantino en Bizancio, y se instalaron sólidamente en Roma. Después se entregaron a dividir⁴⁵ políticamente a los bárbaros, y después de dividirlos los anularon y fundaron su reino temporal dominador de todos los otros.

Los dos movimientos más grandes de la antigüedad, el budismo y el cristianismo, comenzaron por medio de la rebelión, se continuaron por medio de la filosofía y terminaron en autocracia. Pero menos humanos que los sacerdotes

45 Lo que era muy fácil. a las rivalidades de idiomas y de razas se unieron rivalidades religiosas: catolicismo, arrianismo, priscilianismo, etc.

asiáticos, los pontífices romanos hicieron pesar sobre Europa la más detestable de las tiranías: la de las conciencias.

En medio de estos acontecimientos, la esclavitud no se había modificado más que insensiblemente. Viviendo entre sus amos degenerados y las hordas salvajes, los esclavos, que representaban el número, hubiesen podido, con un poco de vigor, aplastar completamente a los primeros y detener a los segundos, o al menos tratar con ellos. ¡Momento solemne en la historia y que parece reproducirse ahora en que, entre el viejo mundo latino y el mundo germánico, dispuesto a exterminarse, se levanta el socialismo internacional!... Pero la esclavitud había enervado a esta muchedumbre, y más que la esclavitud el cristianismo; hablándole sin cesar de sumisión y de humanidad, había roto en ella todo resorte. Sufría casi sin resistencia el yugo de sus conquistadores. En las tinieblas de la edad media se realizó una horrible fusión de la barbarie gótica y la podredumbre romana, y sobre toda esta noche extendió su imperio la iglesia.

Desde el Océano Índico al Océano Atlántico, la gran raza aria, iniciadora del progreso humano, gime bajo el dominio del sacerdote. ¿Dónde, pues, se ha refugiado la vida? Puede ser que, en este misterioso continente entrevisto por Platón bajo el nombre de Atlántida, que los irlandeses descubrieron en el siglo X, para abandonarla muy pronto, y que Colón dio a conocer en 1492⁴⁶: América. Menos bárbaros que los hombres

46 La América septentrional fue descubierta por Eric el Rojo en el año 970. Los irlandeses vivieron poco tiempo en este territorio, abandonándolo después de fundar algunos establecimientos. Parece que Colón al partir para América

del viejo mundo, los pieles rojas viven libres, por tribus, se federan y no adoran más que a la naturaleza. Razas inteligentes y fuertes se establecen en Méjico y en el Perú, fundan poblaciones y hacen florecer la civilización, una civilización que no es mercantil y que cuesta muy poca sangre. ¡Aztecas, mayas, incas, hartaos de vivir en plena libertad; los días de luto no están muy lejos!

El viejo mundo se conmueve. El cristianismo sufre los ataques de Mahoma, que ha emprendido la fusión de las creencias⁴⁷; sus discípulos se apoderan de Arabia, Persia, Asia menor, parte de la India y de la China, todo el norte del África, y pasan a Europa. Las dos religiones se ven frente a frente, y mientras que del oriente llegan siempre fanáticos, del Norte descienden siempre bárbaros⁴⁸. Oprimidos por los curas, por los conquistadores de todas las razas, los siervos, esclavos del campo, se revuelven al fin en Francia, en Germania, en Flandes. Arden los castillos. Los habitantes de las ciudades imitan el ejemplo y proclaman la comuna. ¿Será esto la liberación? No, porque, para que la revolución sea fecunda debe ser consciente, y la fe ha matado toda inteligencia. ¡Qué de esfuerzos y de sangre hacen falta aún para arrancar a los tiranos un reconocimiento platónico de los derechos del ser humano! Combatida por los Pastoreaux, los Jacques, los burgueses y los montañeses suizos, la feudalidad siempre

desconocía este descubrimiento.

47 La religión formulada por Mahoma en el Corán es una fusión del cristianismo, del judaísmo y aún del sabeísmo.

48 Invasiones de sajones, daneses y normandos.

conserva bien afiladas las uñas y los dientes. En Lyon, en Londres, en Roma, en pleno corazón del catolicismo, hasta fines del siglo XIII, se vende a los hombres bajo la benévola mirada de los jefes de la iglesia, que más que nunca predicaban sumisión y resignación. Pero pronto la esclavitud no bastará; la carne humana se ha de asar sobre la leña.

¡Qué argumento tan poderoso para cuantos niegan el origen animal del hombre, haciendo de él un dios caído, el presentar estas mutilaciones bárbaras, infligidas a la carne: hombres castrados, hombres quemados, hombres enrodados! En los ojos de los místicos discípulos de Santo Domingo brilla la voluptuosidad del tigre que goza con el crujido de los huesos y absorbe la sangre con avidez. ¿Es más grande la diferencia entre el cerebro del antropeide y el del hombre primitivo que entre el cerebro de Torquemada y el de Darwin? ¿La humanidad va a encharcarse en su propio rebajamiento? ¿Va a regresar a la animalidad? No, porque después que Schwartz inventa la pólvora, Gutenberg inventa la imprenta y Colón descubre América. Las ideas, mucho tiempo oprimidas, comienzan a brillar: esbozándose ciencias desconocidas y mientras la antigua escolástica se remueve en sus bases, intrépidos innovadores atacan la infalibilidad del Papa. ¿En nombre del Evangelio? ¡Ah, qué importa! El espíritu de examen, de crítica, se revela al fin. Hoy se niega al papa, mañana se negará al rey y después se negará a dios.

Como siempre, los pensadores y los héroes están en minoría. ¡Cuántos Segismundos para un Cisca, cuántos Borgias para un Rabelais! Al precio de ríos de sangre, los burgueses de las

capitales conquistan minúsculas libertades; pero ¿un despotismo no está demasiado próximo a desaparecer para que lo sustituya otro? En el aire viciado no se respira más que opresión. Pontífices, señores, reyes y mercaderes se suceden y se cubren de oro y púrpura a costa de la masa. ¡La masa, esclava en otro tiempo y hoy sierva! ¡Diferencia de palabras que no es más que aparente!⁴⁹ Necesitará todavía tres siglos para conquistar una emancipación efectiva, no nominal. A fines del siglo XVIII los campesinos son todavía animales negruzcos, flacos, velludos, desgarrando la tierra con sus manos para nutrirse con raíces⁵⁰. Y sí los pinceles italianos y flamencos multiplican sus obras maestras, si los filósofos, dejando la escolástica a los frailes, crean la ciencia por la observación, si los escritores expresan el pensamiento en una lengua clara y brillante, la masa no puede participar de todo esto.

El trueno del 89–92 no resuelve nada para ella. Arrojados los señores, llegan los burgueses, la dominación por la herencia deja su sitio a la dominación por el dinero, es decir el fraude, a la explotación cobarde. Como en los tiempos de las Jacquerías, un pueblo trabaja y sufre para sostener en la abundancia a un puñado de parásitos. Ciertamente, los patricios no arrojan

49 En efecto, sierva se deriva de *servus*, que quiere decir esclavo, condenado a servir.

50 Se ve a ciertos animales feroces, machos y hembras, esparcidos por el campo, negros, lívidos y tostados por el sol, sujetos a la tierra que arañan y remueven con invencible obstinación. Su voz es algo así como articulada, y cuando se levantan sobre sus pies, enseñan un rostro humano, y, en efecto, son hombres. Por la noche se retiran a sus cuevas en donde viven comiendo pan negro, agua y vegetales... (la Bruyère, *Les caracteres*)

seres humanos⁵¹ a sus viveros para que sirvan de pasto a los peces; los señores ya no uncen el siervo al arado, y esto es un progreso del que pueden alabarse los filántropos. Ya no existe la ergástula ni el castillo feudal; en su lugar se levantan el presidio, la fábrica y el lupanar, donde se amontonan los seres que la miseria ha señalado con su garra. La ley impersonal, majestuosa, soberana en todo y en todo invulnerable, ha remplazado a la religión, en la que nadie cree, y como ella grita: «¡Sumisión!»

¡Sumisión! Ah, no; ¡revuelta y protesta mientras sea el hombre carne de cañón, revuelta y protesta mientras la mujer sea carne de placer! Por la rebeldía contra el dogma, el creyente se hizo pensador; por la rebeldía contra la autoridad, el ciudadano acabará por hacerse hombre.

¿Por qué, pues, los pueblos que han conquistado el derecho de pensar no han de conquistar el derecho de vivir?

La Europa y la América poseen tres veces más productos agrícolas e industriales que sus habitantes pueden consumir, y sin embargo, por todas partes el hombre arroja al obrero agrícola hacia la capital y de la capital hacia países desconocidos, en los que les esperan nuevas decepciones. Asia encierra incalculables riquezas que se pierden, faltas de salida, siendo del monopolio de un pequeño número de privilegiados, mientras que cada año millones de seres se agitan en las torturas del hambre.

51 Y aun hoy. Hace poco tiempo los cazadores de cocodrilos en la India cebaban la caza con seres humanos vivientes.

Sólo la posesión de las fuerzas productoras, y ante todo de la tierra, cuna primitiva de todas las riquezas, dará a la humanidad el bienestar, el desenvolvimiento físico de la especie, el refinamiento intelectual y la urbanidad en las costumbres.

El bienestar y la libertad hicieron de los antiguos griegos una de las razas mejor dotadas ¡Que se compare al turco embrutecido por el despotismo con el árabe independiente, de formas artística y espíritu despierto, propio a la vez para la poesía y el cálculo! Diferencias profundas distinguen a las razas.

Los salvajes comunistas de Tahití y de la mayor parte de las islas oceánicas eran dulces y hospitalarios; los habitantes de las tierras de fuego, miserables y famélicas, son feroces. Transportados sobre la balsa de la *Medusa*⁵², el mejor hombre del mundo, al cabo de seis días, optará entre el suicidio o la antropofagia.

El hombre, no hay que dejarlo de repetir, es hijo del ambiente en que vive; gotoso y triste en una región pantanosa, salvaje en los bosques, soñador a la orilla del Océano.

52 La fragata francesa *Medusa* naufragó el 2 de julio de 1816 en Arguin, a cuarenta leguas de la costa occidental de África. Cuando se perdió la esperanza de salvar el buque, ciento cuarenta y nueve desgraciados refugiándose sobre una balsa construida con maderos. Solos, en la inmensidad de los mares, después de doce días, la balsa fue descubierta por la *Brick Argos*, que recogió a quince agonizantes: los demás se ahogaron o habían sido devorados por los supervivientes. Gericault ha pintado su mejor lienzo sobre este asunto. (N del A).

Entre los septentrionales el carácter tiene algo de la gravedad de la naturaleza hiperbórea; entre los montañeses suizos y escoceses refleja la serenidad de los lagos y de los ventisqueros. Entre los pueblos del Mediodía, en los que el aire puro embriaga como un licor y la respiración es frecuente o intensa, el hombre absorbe la vida que le rodea, tiende a confundirse con la naturaleza, y es más voluble, más impresionable. Las palabras escápansele con espontaneidad, y es más locuaz que el hombre del norte que, en su atmósfera de brumas, ante sus monótonos paisajes, apenas despliega los labios para dejar pasar a sus pulmones un poco de aire fresco.

Poco a poco se atenuarán estas diferencias. Por la ciencia, por las relaciones internacionales, por la difusión de las ideas, nuestro globo lleva camino de unificarse. Hasta ese día será un gran obstáculo para el progreso la dificultad entre los pueblos para cambiar sus ideas. Contrariados por este inconveniente de la diversidad de idiomas, ciertos sabios han concebido la idea quimérica de resucitar una lengua muerta. Otros, excitados por el orgullo nacional, tratan de imponer al resto de la humanidad el idioma de su patria. Algunos, más lógicos, han pensado en crear un idioma universal con las raíces de las principales leguas europeas⁵³, invento que, a despecho de los bromistas, podrá proporcionar inapreciables servicios, pero que indudablemente será poco accesible a las masas.

El *sabir*⁵⁴, mezcla del árabe, del francés, del español, del

53 El *volapuk*, lengua artificial, que contiene las raíces francesas, inglesas, alemanas y rusas.

54 *Sabir*, que significa saber.

italiano y del maltés, se habla en toda la costa septentrional del África. El *pidgeon-english*⁵⁵, mezcla de inglés, de portugués y de chino, permite a las razas indígenas y extranjeras comunicarse entre ellas desde un extremo a otro del litoral sur de Asia. El *bichelamare*⁵⁶, compuesto de palabras francesas, españolas, portuguesas, inglesas y canacas⁵⁷, está destinado a reinar definitivamente sobre la Oceanía.

Nacidos al contacto de pueblos diferentes, estos dialécticos forman, en los países en que se hablan, la lengua democrática e internacional en oposición a la oficial de los funcionarios. ¡Quién sabe si estos dialécticos, más generalizados que muchos idiomas, no están llamados a encontrarse y fusionarse, para formar después de muchos años la verdadera habla marítima desde el África occidental a las costas del pacífico! Hay que prever para dentro de poco importantes movimientos étnicos. El gran impulso libertador que se producirá en Europa, destruyendo gobiernos y fronteras tendrá profundas repercusiones en otras partes del mundo. Soberanos protegidos, embajadores, residentes, toda la retahíla de parásitos europeos desaparecerá, dejando en muchas partes las poblaciones, ya autónomas, elaborar ellas mismas las formas de su vida social.

Los grandes trabajos ejecutados en la superficie de nuestro

55 *Pidgeon*, corrupción de la palabra *busynes*, negocios. *Pidgeon-english* quiere, pues, decir en inglés negocios.

56 *Bichelamare*, lenguaje de los pescadores de la *holoturia*, pescado muy abundante en Oceanía.

57 Indígenas renueva Caledonia.

planeta tendrán por resultado modificar considerablemente el aspecto, los productos y aun los climas. La simple apertura del istmo de Suez por la evaporación del mar, ha conducido nubes, y por consecuencia, lluvias, a una región a la que antes no caía una gota de agua. Las derivaciones de los hielos, que durante seis meses del año obstruyen la embocadura del San Lorenzo, tendrán por efecto aumentar la temperatura en una distancia de muchos cientos de millas. ¿Quién puede decir que la corriente cálida del *Gulf stream* no servirá para vivificar las costas del hemisferio boreal, mientras que la creación de un mar interior en el Sahara atemperará los calores del África central? La solución del problema de la dirección de los globos reducirá las expediciones más peligrosas a simples paseos.

De la fusión de todos los pueblos surgirá seguramente, en un número de siglos que no se puede determinar, una raza unificada que resumirá los principales caracteres de las que habían servido para constituir la.

Esta raza, que será la *humana*, sencillamente diferirá de nosotros más que de nuestros salvajes antepasados de la edad de piedra. Nadie puede señalar límites al progreso. ¿Quién ha dicho que la humanidad no adquirirá nuevos sentimientos?

Bien puede preguntarse si actualmente no existe el germen de un sexto sentido, al menos en los cerebros más cultos. ¿Qué es esta facultad de transmitir o de recibir el pensamiento sin el auxilio de agentes exteriores, esta clase de telegrafía sin hilos, exagerada por los ignorantes, explotada por los charlatanes, ridiculizada por los escépticos, negada por los pontífices de la

ciencia bajo el nombre de hipnotismo, y hoy admirada por todos bajo el nombre de magnetismo? ¿Se rechaza el pensamiento y se admite la intuición? ¿Hasta qué punto, sin embargo, difiere la intuición del pensamiento?⁵⁸

Desconfiando tanto de lo maravilloso como de los prejuicios, el cerebro humano, que se desarrolla cada vez más, tiende a adaptarse a nuevas funciones.

¿Nuestros cinco sentidos no se resumen en uno solo del que los otros se derivan, el tacto? ¿Qué es la vista? El *tacto* de nuestra retina con las ondas luminosas. ¿Qué es el oído? El *tacto* por nuestros tímpanos de las ondas sonoras. ¿Qué es el sabor? El *tacto de* las papilas de la lengua y el *tacto* de la membrana pituitaria; impresiones transmitidas al cerebro por el *tacto* de la materia nerviosa a los primeros organismos, a los seres que ocupan el primer grado en la escala zoológica, este es el único sentido que se les ha devuelto. El tato es también el primero que se despierta en el niño recién nacido.

El progreso continúa su marcha. Aun vemos a las

58 En el fondo nada hay de maravilloso en el presentimiento o intuición. Estando admitido que el azar no existe que los hechos obran unos sobre otros y se determinan, un cerebro muy basto y en condiciones para abarcar cuanto se hace, podría deducir seguramente todo lo que se hará: el resultado, pues, está trazado con antelación. No hay nada de extravagante en la suposición de que el cerebro de que los individuos dotados de una excesiva nerviosidad, sorprendiendo percepciones, que escapan a la masa, concibe espontáneamente, por un trabajo psíquico, especie de operación algebraica tan rápida que ellos mismo no la advierten, deducciones que desconciertan a los espíritus superficiales. Hay en el orden psicofisiológico todo un mundo de hechos mal definidos que se comienzan apenas a estudiar.

diseminadas razas que componen nuestra humanidad caminar lentamente, pero con paso seguro, a su fusión y a su posesión del globo.

En la vieja Europa la reunión de los pueblos en tres o cuatro agrupaciones distintas, latina, germana, eslava y quizás grecodanubiana, precederá, aunque de muy poco tiempo, a la federación de los pueblos sin rivales.

América está más próxima quizá que nosotros a su revolución social. Mientras que los experimentos de colonización socialista intentados en diversos puntos⁵⁹ esparcen las ideas, y mejor que las ideas, los ejemplos, la llegada de una muchedumbre de emigrantes latinos y sajones las introduce en los Estados Unidos y en la Plata. La vida en los bosques y en las Pampas desarrolla costumbres independientes. La revolución encontrara en América sus más resueltos soldados.

Emancipadas política y económicamente estas regiones, cuya población pasará entonces de 150 millones de habitantes, adquirirán en los comienzos de este siglo una importancia predominante. Muy probablemente la civilización humana tendrá allí su principal hogar. Las naciones europeas, momentáneamente agotadas, están llamadas a desempeñar,

59 Especialmente en Texas y en Illinois, en donde Cabet fundó un centro comunista (en Nouwoo) El experimento hecho sobre bases demasiado autoritarias, no dio buen resultado, pero las ideas socialistas se esparcieron en la región. En Diamanti, en el Paraguay, una colonia de 3.000 rusos funciona casi sobre bases comunistas anarquistas.

con relación a la joven América, el papel que con respecto a ellas mismas desempeñan los pueblos de Asia.

Y sin embargo, Asia no ha muerto; está adormecida. Este gran depósito de razas que ha lanzado sucesivamente sobre el viejo mundo a los escitas, los árabes, los mongoles y los turcos, tiene aún en reserva quinientos millones de seres humanos hacinados en la china, la Indochina y el Japón. Hay en esto una temible eventualidad. La invasión de la raza amarilla, aunque no se ejerza violentamente, no por eso deja de constituir un peligro; y si los trabajadores no reconquistan de sus amos la tierra y los instrumentos de producción para explotarlos ellos, perderán sus menguados salarios, conduciéndoles al suicidio la llegada de los obreros chinos⁶⁰. Contra esto la resistencia es posible: una cazuela de arroz y un poco de té cuestan veinticinco céntimos diarios, y esto les basta para su alimentación. Para alojamiento no se necesita más que un chiribitil, en el que se amontonan de quince a veinte individuos. Nada de gastos superfluos; teatro, café, libros ni periódicos. Hasta ni mujeres necesitan, pues entre ellos se satisfacen. A los de espíritu más refinado les basta con una pipa de ese opio que envenena al individuo y atrofia la raza.

Contra este peligro, ¿dónde está el remedio?

¿Prohibir la inmigración china, que después de la de América

60 Para empobrecer más al proletario europeo y americano no es menester que los capitalistas llamen a los obreros chinos; bastaría con que creasen en oriente fábricas y talleres que, visto lo inverosímil de la mano de obra, le permitiría inundar el mundo con sus productos.

y de Australia amenaza a Europa? Aun siendo éste un bárbaro paliativo, los gobiernos capitalistas no querrían perder tan preciosa ocasión de aplastar al proletariado, porque los amarillos invasores podrán servir, no sólo para fatigarse en las fábricas, sino también para fusilar al pueblo. Cartago en la antigüedad y las repúblicas de mercaderes, ¿no tenían mercenarios que resultaban más temibles para la plebe indómita que para los enemigos del exterior?

Los Estados Unidos han intentado la prohibición. Esto no impide que en los estados del Oeste haya gran número de chinos. No cabe duda, por otra parte, que los burgueses archimillonarios que forman el gobierno de la Unión no perderán la primera coyuntura, con motivo de las huelgas obreras, para revocar el decreto.

El remedio único y soberano está en la revolución social. Cuando los trabajadores hayan expropiado a sus patronos, ya no tendrán que temer la competencia de los obreros chinos.

Pero podría objetársenos: «¿Una vez hecha la revolución, el contacto con una raza de hábitos serviles, poseyendo civilización y costumbres diferentes de las nuestras, cesará de constituir un peligro?» ¿No será necesario llegar a las guerras de exterminio, reanudar el eterno duelo entre Asia y Europa?

El peligro existirá todavía, pero más fácil de conjugar; el oriente bárbaro encontrará la resistencia de la Europa unida, y unida precisamente por la destrucción de las patrias que la dividen en una veintena de naciones enemigas unas de otras.

La raza amarilla, por otra parte, despierta de su largo letargo y comienza actualmente el aprendizaje de la civilización. Estos obreros chinos, que hacen a los obreros americanos y europeos ruda competencia, reciben y se comunican entre ellos algunas ideas de progreso. Los viajes, las relaciones internacionales, son, por otra parte, más eficaces que las conquistas, que depravan a vencedores y vencidos.

Al este de la China hallase un pueblo de la misma raza, el japonés, más joven, vigoroso, lleno de savia, dotado de condiciones para asimilarse las costumbres europeas⁶¹. Los japoneses, que son en cierto modo franceses del extremo oriente, contribuirán a desinfectar a la antigua Asia de sus religiones y de sus autocracias.

Porque no hay que engañarse; solamente por medio de una propaganda incesante, de una cruzada pacífica, se podrá evitar indefinidamente el peligro chino, colocando a la raza amarilla en condiciones de redimirse.

Una guerra de exterminio, fatal para los europeos aun siendo vencedores, necesitaría la reconstitución de ejércitos permanentes con todo el aparato burgués. A costa del derramamiento de sangre, los asiáticos podrían ser dominados, pero entonces la raza blanca formaría toda entera una nueva

61 Estas líneas escribieron ocho días antes de la guerra chino-japonesa. Los japoneses han demostrado su vitalidad. Desde el punto de vista industrial y marítimo, el papel que han de desempeñar es muy importante. Es de desear que el espíritu militar y patriótico, momentáneamente desarrollado por sus victorias, no los contagie (1897).

burguesía, oprimiendo un inmenso proletariado. Porque es así, por la conquista, como nacen las castas. Esto sería condenar a la humanidad a nuevas luchas.

Aparte la propaganda, medio moral, existe otra manera de contener la invasión de la raza china, o por lo menos retardarla hasta el momento en que esta raza emancipada no sea peligrosa. Este medio es desviarla sobre África⁶².

Este continente, maravillosamente fértil, tres veces más grande que Europa y tres veces menos poblado, contiene riquezas dispuestas a ser explotadas.

Una inmigración china concienzudamente dirigida y favorecida, no por innobles traficantes, sino por sociedades serias y honradas penetradas de un alto concepto de civilización, estimularía la actividad de los pueblos negros, y multiplicando la mano de obra daría un golpe mortal a la esclavitud. La ardiente sangre de los africanos reanimaría a la raza asiática.

No cabe duda que, durante mucho tiempo todavía la iniciativa y la dirección de los grandes movimientos sociales, dirección no ya egoísta ni autoritaria, sino moral y fraternal, la mantendrán los arianos, representados sobre todo por los elementos latinos, sajones y eslavos.

62 La apertura del istmo de Panamá, aproximadamente el extremo Oriente al viejo continente, hace más posible este encuentro de los pueblos, lleno de consecuencias económicas.

Serán necesarios dos o tres siglos de relaciones y cruzamientos para que las razas que no tenemos derecho a asesinar se fundan sin peligro en la única raza humana.

Libre en adelante, pacificada y unida, la humanidad proseguirá su marcha hacia el progreso sin límites, como para justificar esta notable frase de un filósofo: «Los hombres descienden de los animales y deben convertirse en dioses.»

Fin de «Filosofía del anarquismo»



ACERCA DEL AUTOR

CHARLES MALATO (Toul, Lorena, 7 de septiembre de 1857 - París, 7 de noviembre de 1938) fue un anarquista francés de origen italiano, escritor y publicista.

Militante anarquista, fue igualmente francmasón. Desde la década de 1880 y hasta la Primera Guerra Mundial fue una figura notable del anarquismo en Francia y un «punto de unión» del movimiento libertario europeo.

Su familia provenía de la nobleza, ya que fueron condes de Nápoles. Su padre fue defensor de la comuna de París, por lo

que fue deportado junto a un Charles de 17 años a Nueva Caledonia en 1874. Allí conoció a Louise Michel, con quien participó en la revolución de los kanaks de 1878. Educado en un ambiente republicano socialista y comunista, se acercó al anarquismo a partir de 1885, militando enseguida muy activamente.

Funda la Ligue Cosmopolite, donde entre otras cosas defendió el ilegalismo, razón por la que es condenado a quince meses de prisión y expulsado de Francia en 1892, bajo el cargo de "incitar el asesinato, saqueo e incendio". Se establece en Londres donde se casa con una conocida compositora; dentro del caso Dreyfus, anima el *Journal du peuple* con Sébastien Faure y toma parte en el "comité revolucionario" encargado de responder a los eventos de los nacionalistas.

Desde Londres también dirige una campaña internacional contra el proceso de Montjuïc. Retorna a Francia, donde por su amistad cercana con el educador español Francisco Ferrer se le imputa en 1905 la participación en un atentado contra el rey Alfonso XIII, el juicio comienza el 27 de noviembre, donde al final es absuelto.

Entre 1907 y 1914, Charles Malato trabaja para los diarios *La Guerre Sociale* y *La Bataille syndicaliste*. Desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial, da su apoyo a los Aliados, por lo que firma el "Manifiesto de los 16", que causó polémica dentro del movimiento anarquista.

Malato, al igual que sus contemporáneos Malatesta, Gautier

y Faure; desconfiaba de la acción de masas y no veía en ellas un potencial transformador per sé, por lo que afirmaba que han de ser los individuos conscientes los que deben hacer madurar la anarquía. En el terreno táctico apoyaba la utilización de cualquier circunstancia para desprestigiar al Estado ante la opinión pública.

En su obra principal, *La Philosophie de l'Anarchie* (Filosofía del anarquismo, 1889), expone de forma sencilla los diferentes aspectos de aplicación del anarquismo (pedagogía, religión, matrimonio, derecho penal, defensa). Define la anarquía como una sociedad fundamentada en los principios de libertad individual, una economía definida por la universalización de la propiedad y una organización política realizada a través de redes sociales.